

---

# **La Vuelta de Martín Fierro**

**José Hernández**

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

**Texto núm. 4188**

---

**Título:** La Vuelta de Martín Fierro

**Autor:** José Hernández

**Etiquetas:** Poesía, poema épico

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 14 de enero de 2019

**Fecha de modificación:** 14 de enero de 2019

---

**Edita textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

## **Cuatro palabras de conversación con los lectores**

Entrego a la benevolencia pública, con el título LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO, la segunda parte de una obra que ha tenido una acogida tan generosa, que en sus seis años se han repetido once ediciones con un total de cuarenta y ocho mil ejemplares.

Esto no es vanidad de autor, porque no rindo tributo a esa falsa diosa; ni bombo de Editor, porque no lo he sido nunca de mis humildes producciones.

Es un recuerdo oportuno y necesario, para explicar por qué el primer tiraje del presente libro consta de 20 mil ejemplares, divididos en cinco secciones o ediciones de 4 mil números cada una —y agregaré, que confío en que el acreditado Establecimiento Tipográfico del Sr. Coni, hará una impresión esmerada, como la tienen todos los libros que salen de sus talleres.

Lleva también diez ilustraciones incorporadas en el texto, y creo que en los dominios de la literatura es la primera vez que una obra sale de las prensas nacionales con esta mejora.

Así se empieza.

Las láminas han sido dibujadas y calcadas en la piedra por D. Carlos Clerice, artista compatriota que llegará a ser notable en su ramo, porque es joven, tiene escuela, sentimiento artístico, y amor al trabajo.

El grabado ha sido ejecutado por el Sr. Supot, que posee el arte, nuevo y poco generalizado todavía entre nosotros, de

fijar en láminas metálicas lo que la habilidad del litógrafo ha calcado en el piedra, creando o imaginando posiciones que interpreten con claridad y sentimiento la escena descrita en el verso.

No se ha omitido, pues, ningún sacrificio a fin de hacer una publicación en las más aventajadas condiciones artísticas.

En cuanto a su parte literaria, sólo diré que no se debe perder de vista al juzgar los defectos del libro, que es copia fiel de un original que los tiene, y repetiré, que muchos defectos están allí con el objeto de hacer más evidente y clara la imitación de los que lo son en realidad.

Un libro destinado a despertar la inteligencia y el amor a la lectura en una población casi primitiva, a servir de provechoso recreo, después de las fatigosas tareas, a millares de personas que jamás han leído, debe ajustarse estrictamente a los usos y costumbres de esos mismos lectores, rendir sus ideas e interpretar sus sentimientos en su mismo lenguaje, en sus frases más usuales, en su forma más general, aunque sea incorrecta; con sus imágenes de mayor relieve, y con sus giros más característicos, a fin de que el libro se identifique con ellos de una manera tan estrecha e íntima, que su lectura no sea sino una continuación natural de su existencia.

Sólo así pasan sin violencia del trabajo al libro; y sólo así, esa lectura puede serles amena, interesante y útil.

¡Ojalá hubiera un libro que gozara del dichoso privilegio de circular incesantemente de mano en mano en esa inmensa población diseminada en nuestras vastas campañas, y que bajo una forma que lo hiciera agradable, que asegurara su popularidad, sirviera de ameno pasatiempo a sus lectores! pero:

Enseñando que el trabajo honrado es la fuente principal de toda mejora y bienestar.

Enalteciendo las virtudes morales que nacen de la ley natural y que sirven de base a todas las virtudes sociales.

Inculcando en los hombres el sentimiento de veneración hacia su Creador, inclinándolos a obrar bien.

Afeando las supersticiones ridículas y generalizadas que nacen de una deplorable ignorancia.

Tendiendo a regularizar y dulcificar las costumbres, enseñando por medios hábilmente escondidos, la moderación y el aprecio de sí mismo; el respeto a los demás; estimulando la fortaleza por el espectáculo del infortunio acerbo, aconsejando la perseverancia en el bien y la resignación en los trabajos.

Recordando a los Padres los deberes que la naturaleza les impone para con sus hijos, poniendo ante sus ojos los males que produce su olvido, induciéndolos por ese medio a que mediten y calculen por sí mismos todos los beneficios de su cumplimiento.

Enseñando a los hijos cómo deben respetar y honrar a los autores de sus días.

Fomentando en el esposo el amor a su esposa, recordando a esta los santos deberes de su estado; encareciendo la felicidad del hogar, enseñando a todos a tratarse con respeto recíproco, robusteciendo por todos estos medios los vínculos de la familia y de la sociabilidad.

Afirmando en los ciudadanos el amor a la libertad, sin apartarse del respeto que es debido a los superiores y magistrados.

Enseñando a hombres con escasas nociones morales, que deben ser humanos y clementes, caritativos con el huérfano y con el desvalido; fieles a la amistad; gratos a los favores recibidos; enemigos de la holgazanería y del vicio; conformes

con los cambios de fortuna; amantes de la verdad, tolerantes, justos y prudentes siempre.

Un libro que todo esto, más que esto, o parte de esto enseñara sin decirlo, sin revelar su pretensión, sin dejarla conocer siquiera, sería indudablemente un buen libro, y por cierto; que levantaría el nivel moral e intelectual de sus lectores aunque dijera *nades por nadie, resertor por desertor, mesmo por mismo*, u otros barbarismos semejantes; cuya enmienda le está reservada a la escuela, llamada a llenar un vacío que el poema debe respetar, y a corregir vicios y defectos de fraseología, que son también elementos de que se debe apoderar el arte para combatir y extirpar males morales más fundamentales y trascendentes, examinándolos bajo el punto de vista de una filosofía más elevada y pura.

El progreso de la locución no es la base del progreso social, y un libro que se propusiera tan elevados fines, debería prescindir por completo de las delicadas formas de la cultura de la frase, subordinándose a las imperiosas exigencias de sus propósitos moralizadores, que serían en tal caso el éxito buscado.

Los personajes colocados en escena deberían hablar en su lenguaje peculiar y propio, con su originalidad, su gracia y sus defectos naturales, porque despojados de ese ropaje, lo serían igualmente de su carácter típico, que es lo único que los hace simpáticos, conservando la imitación y la verosimilitud en el fondo y en la forma.

Entra también en esta parte la elección del prisma a través del cual le es permitido a cada uno estudiar sus tiempos. Y aceptando esos defectos como un elemento, se idealiza también, se piensa, se inclina a los demás a que piensen igualmente, y se agrupan, se preparan y conservan pequeños monumentos de arte, para los que han de estudiarnos mañana y levantar el grande monumento de la historia de nuestra civilización.

El gaucho no conoce ni siquiera los elementos de su propio idioma, y sería una impropiedad cuando menos, y una falta de verdad muy censurable, que quien no ha abierto jamás un libro, siga las reglas de arte de Blair, Hermosilla o la Academia.

El gaucho no aprende a cantar. Su único maestro es la espléndida naturaleza que en variados y majestuosos panoramas se estiende delante de sus ojos.

Canta porque hay en él cierto impulso moral, algo de métrico, de rítmico que domina en su organización, y que lo lleva hasta el extraordinario extremo de que, todos sus refranes, sus dichos agudos, sus proverbios comunes son espresados en dos versos octosílabos perfectamente medidos, acentuados con inflexible regularidad, llenos de armonía, de sentimiento y de profunda intención.

Eso mismo hace muy difícil, sino de todo punto imposible, distinguir y separar cuáles son los pensamientos originales del autor, y cuáles los que son recogidos de las fuentes populares.

No tengo noticia que exista ni que haya existido una raza de hombre aproximados a la naturaleza, cuya sabiduría proverbial llene todas las condiciones rítmicas de nuestros proverbios gauchos.

Qué singular es, y qué digno de observación, el oír a nuestros paisanos más incultos, espresar en dos versos claros y sencillos, máximas y pensamientos morales que las naciones más antiguas, la India y la Persia, conservaban como el tesoro inestimable de su sabiduría proverbial; que los griegos escuchaban con veneración de boca de sus sabios más profundos, de Sócrates, fundador de la moral, de Platón y de Aristóteles; que entre los latinos difundió gloriosamente el afamado Séneca; que los hombres del Norte les dieron lugar preferente en su robusta y enérgica literatura; que la civilización moderna repite por medio de sus moralistas más

esclarecidos, y que se hallan consagrados fundamentalmente en los códigos religiosos de todos los grandes reformadores de la humanidad.

Indudablemente, que hay cierta semejanza íntima, cierta identidad misteriosa entre todas las razas del globo que sólo estudian en el gran libro de la naturaleza; pues que de él deducen, y vienen deduciendo desde hace más de tres mil años, la misma enseñanza, las mismas virtudes naturales, espresadas en prosa por todos los hombres del globo, y en verso por los gauchos que habitan las vastas y fértiles comarcas que se extienden a las dos márgenes del Plata.

El corazón humano y la moral son los mismos en todos los siglos.

Las civilizaciones difieren esencialmente. «Jamás se hará, dice el doctor Don V. F. López en su prólogo a LAS NEUROSIS, un profesor o un catedrático Europeo, de un Bracma; « así debe ser: pero no ofrecería la misma dificultad el hacer de un gaucho un Bracma lleno de sabiduría; si es que los Bracmas hacen consistir toda su ciencia en su sabiduría proverbial, según los pinta el sabio conservador de la Biblioteca Nacional de París, en «La sabiduría popular de todas las Naciones» que difundió en el nuevo mundo el americano Pazos Kanki.

Saturados de ese espíritu gaucho hay entre nosotros algunos poetas de formas muy cultas y correctas, y no ha de escasear el género, porque es una producción legítima y espontánea del país, y que en verdad; no se manifiesta únicamente en el terreno florido de la literatura.

Concluyo aquí, dejando a la consideración de los benévolos lectores, lo que yo no puedo decir sin estender demasiado este prefacio, poco necesario en las humildes coplas de un hijo del desierto.

iSea el público, indulgente con él! y acepte esta humilde producción, que le dedicamos como que es nuestro mejor y

más antiguo amigo.

La originalidad de un libro debe empezar en el prólogo.

Nadie se sorprenda por lo tanto, ni de la forma ni de los objetos que este abraza; y debemos terminarlo haciendo público nuestro agradecimiento hacia los distinguidos escritores que acaban de honrarnos con su fallo, como el Señor D. José Tomás Guido, en una bellísima carta que acogieron deferentes *La Tribuna* y *La Prensa*, y que reprodujeron en sus columnas varios periódicos de la República. —El Dr. D. Adolfo Saldias, en un meditado trabajo sobre el tipo histórico y social del gaucho. —El Dr. D. Miguel Navarro Viola, en la última entrega de la *Biblioteca Popular*, estimulándonos, con honrosos términos, a continuar en la tarea empezada.

Diversos periódicos de la ciudad y campaña, como *El Herald*, del Azul, *La Patria*, de Dolores, *El Oeste*, de Mercedes, y otros, han adquirido también justos títulos a nuestra gratitud, que conservamos como una deuda sagrada.

Terminamos esta breve reseña con *La Capital*, del Rosario, que ha anunciado LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO, haciendo concebir esperanzas que Dios sabe si van a ser satisfechas.

Ciérrase este prólogo, diciendo que se llama este libro LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO, porque ese título le dio el público, antes, mucho antes de haber yo pensado en escribirlo; y allá va a correr tierras con mi bendición paternal.

JOSÉ HERNÁNDEZ.

# 1

## Martín Fierro

Atención pido al silencio  
y silencio a la atención,  
que voy en esta ocasión,  
si me ayuda la memoria,  
a mostrarles que a mi historia  
le faltaba lo mejor.

Viene uno como dormido  
cuando vuelve del desierto,  
veré si a explicarme acierto  
entre gente tan bizarra,  
y si al sentir la guitarra  
de mi sueño me despierto.

Siento que mi pecho tiembla,  
que se turba mi razón,  
y de la vigüela al son  
imploro a la alma de un sabio  
que venga a mover mi labio  
y alentar mi corazón.

Si no llego a treinta y una  
de fijo en treinta me planto,  
y esta confianza adelanto  
porque recibí en mí mismo,  
con el agua del bautismo,  
la facultá para el canto.

Tanto el pobre como el rico  
la razón me la han de dar;  
y si llegan a escuchar

lo que explicaré a mi modo,  
digo que no han de reír todos,  
algunos han de llorar.

Mucho tiene que contar  
el que tuvo que sufrir,  
y empezaré por pedir,  
no duden de cuanto digo;  
pues debe creerse al testigo  
si no pagan por mentir.

Gracias le doy a la Virgen,  
gracias le doy al Señor,  
porque entre tanto rigor  
y habiendo perdido tanto,  
no perdí mi amor al canto  
ni mi voz como cantor.

Que cante todo viviente  
otorgó el Eterno Padre,  
cante todo el que le cuadre  
como lo hacemos los dos,  
pues sólo no tiene voz  
el ser que no tiene sangre.

Canta el pueblerero... y es pueta;  
canta el gaucho... y ¡ay Jesús!  
lo miran como avestruz  
su inorancia los asombra;  
mas siempre sirven las sombras  
para distinguir la luz.

El campo es del inorante,  
el pueblo del hombre estruido;  
yo que en el campo he nacido  
digo que mis cantos son  
para los unos... sonidos,  
y para otros... intención.

Yo he conocido cantores  
que era un gusto el escuchar;  
mas no quieren opinar  
y se divierten cantando;  
pero yo canto opinando  
que es mi modo de cantar.

El que va por esta senda  
cuanto sabe desembucha,  
y aunque mi ciencia no es mucha,  
esto en mi favor previene;  
yo sé el corazón que tiene  
el que con gusto me escucha.

Lo que pinta este pincel  
ni el tiempo lo ha de borrar,  
ninguno se ha de animar  
a corregirme la plana;  
no pinta quien tiene gana  
sino quien sabe pintar.

Y no piensen los oyentes  
que del saber hago alarde;  
he conocido aunque tarde,  
sin haberme arrepentido,  
que es pecado cometido  
el decir ciertas verdades.

Pero voy en mi camino  
y nada me ladiará,  
he de decir la verdá,  
de naides soy adulón,  
aquí no hay imitación  
esta es pura realidá.

Y el que me quiera enmendar  
mucho tiene que saber.  
Tiene mucho que aprender  
el que me sepa escuchar.

Tiene mucho que rumiar  
el que me quiera entender.

Más que yo y cuantos me oigan  
más que las cosas que tratan  
más que lo que ellos relatan  
mis cantos han de durar.  
Mucho ha habido que mascar  
para echar esta bravata.

Brotan quejas de mi pecho,  
brota un lamento sentido;  
y es tanto lo que he sufrido  
y males de tal tamaño,  
que reto a todos los años  
a que traigan el olvido.

Ya verán si me dispierto  
cómo se compone el baile.  
Y no se sorprenda naidas  
si mayor fuego me anima;  
porque quiero alzar la prima  
como pa tocar al aire.

Y con la cuerda tirante  
dende que ese tono elija,  
yo no he de aflojar manija  
mientras que la voz no pierda;  
si no se corta la cuerda  
o no cede la clavija.

Aunque rompí el instrumento  
por no volverme a tentar,  
tengo tanto que contar  
y cosas de tal calibre  
que Dios quiera que se libre  
el que me enseñó a templar.

De naidas sigo el ejemplo,

naide a dirigirme viene,  
yo digo cuanto conviene,  
y el que en tal güeya se planta  
debe cantar cuando canta  
con toda la voz que tiene.

He visto rodar la bola  
y no se quiere parar,  
Al fin de tanto rodar  
me he decidido a venir,  
a ver si puedo vivir  
y me dejan trabajar.

Sé dirigir la mansera  
y también echar un pial,  
sé correr en un rodeo,  
trabajar en un corral,  
me sé sentar en un pértigo  
lo mesmo que en un bagual.

Y empriéstenme su atención  
si así me quieren honrar,  
de no, tendré que callar,  
pues el pájaro cantor  
jamás se para a cantar  
en árbol que no da flor.

Hay trapitos que golpiar.  
Y de aquí no me levanto;  
escúchenme cuando canto  
si quieren que desembuche  
tengo que decirles tanto  
que les mando que me escuchen.

Déjenme tomar un trago,  
estas son otras cuarenta,

mi garganta está sedienta  
y de esto no me abochorno.  
Pues el viejo como el horno  
por la boca se calienta.

## 2

Triste suena mi guitarra  
y el asunto lo requiere.  
Ninguno alegrías espere  
sino sentidos lamentos,  
de aquel que en duros tormentos  
nace, crece, vive y muere.

Es triste dejar sus pagos  
y largarse a tierra agena  
llevándose la alma llena  
de tormentos y dolores,  
mas nos llevan los rigores  
como el pampero a la arena.

Irse a cruzar el desierto  
lo mismo que un foragido,  
dejando aquí en el olvido,  
como dejamos nosotros,  
su mujer en brazos de otro  
y sus hijitos perdidos.

¡Cuántas veces al cruzar  
en esa inmensa llanura,  
al verse en tal desventura  
y tan lejos de los suyos  
se tira uno entre los yuyos  
a llorar con amargura!

En la orilla de un arroyo  
solitario lo pasaba,  
en mil cosas cavilaba,  
y a una güelta repentina

se me hacía ver a mi china  
o escuchar que me llamaba.

Y las aguas serenitas  
bebe el pingo trago a trago,  
mientras sin ningún halago  
pasa uno hasta sin comer,  
por pensar en su mujer,  
en sus hijos y en su pago.

Recordarán que con Cruz  
para el desierto tiramos,  
en la pampa nos entramos,  
cayendo por fin del viage  
a unos toldos de salvajes,  
los primeros que encontramos.

La desgracia nos seguía,  
llegamos en mal momento;  
estaban en parlamento  
tratando de una invasión,  
y el indio en tal ocasión  
recela hasta de su aliento.

Se armó un tremendo alboroto  
cuando nos vieron llegar,  
no podíamos aplacar  
tan peligroso hervidero;  
nos tomaron por bomberos  
y nos quisieron lanzar.

Nos quitaron los caballos  
a los muy pocos minutos;  
estaban irresolutos,  
quién sabe qué pretendían,  
por los ojos nos metían  
las lanzas aquellos brutos.

Y dele en su lengüeteo

hacer gestos y cabriolas;  
uno desató las bolas  
y se nos vino en seguida;  
ya no creíamos con vida  
salvar ni por carambola.

Allá no hay misericordia  
ni esperanza que tener.  
El indio es de parecer  
que siempre matarse debe.  
Pues la sangre que no bebe  
le gusta verla correr.

Cruz se dispuso a morir  
pegiando y me convidó.  
Aguantemos, dije yo,  
el fuego hasta que nos queme.  
Menos los peligros teme  
quien más veces los venció.

Se debe ser más prudente  
cuanto el peligro es mayor;  
siempre se salva mejor  
andando con advertencia,  
porque no está la prudencia  
reñida con el valor.

Vino al fin el lenguaraz  
como a traernos el perdón,  
nos dijo: —«La salvación  
se la deben a un cacique,  
me manda que les explique  
que se trata de un malón.

»Les ha dicho a los demás  
que ustedes queden cautivos,  
por si cain algunos vivos  
en poder de los cristianos  
rescatar a sus hermanos

con estos dos fugitivos.»

Volvieron al parlamento  
a tratar de sus alianzas,  
o tal vez de las matanzas,  
y conforme les detallo,  
hicieron cerco a caballo  
recostándose en las lanzas.

Dentra al centro un indio viejo  
y allí a lengüetiar se larga.  
Quién sabe qué les encarga,  
pero toda la riunión  
lo escuchó con atención  
lo menos tres horas largas.

Pegó al fin tres alaridos  
y ya principia otra danza;  
para mostrar su pujanza  
y dar pruebas de ginete  
dio riendas rayando el flete  
y revoliando la lanza.

Recorre luego la fila,  
frente a cada indio se para,  
lo amenaza cara a cara  
y en su juria aquel maldito  
acompaña con su grito  
el cimbrar de la tacuara.

Se vuelve aquello un incendio  
más feo que la mesma guerra.  
Entre una nube de tierra  
se hizo allí una mescolanza,  
de potros, indios y lanzas  
con alaridos que aterran.

Parece un baile de fieras,  
sigún yo me lo imagino;

era inmenso el remolino,  
las voces aterradoras,  
hasta que al fin de dos horas  
se aplacó aquel torbellino.

De noche formaban cerco  
y en el centro nos ponían.  
Para mostrar que querían  
quitarnos toda esperanza  
ocho o diez filas de lanzas  
al rededor nos hacían.

Allí estaban vigilantes  
cuidándonos a porfía,  
cuando roncar parecían  
«Huaincá», gritaba cualquiera,  
y toda la fila entera  
«Huaincá», «Huaincá» repetía.

Pero el indio es dormilón  
y tiene un sueño projundo.  
Es roncador sin segundo  
y en tal confianza es su vida,  
que ronca a pata tendida  
aunque se dé güelta el mundo.

Nos aviriguaban todo  
como aquel que se previene,  
porque siempre les conviene  
saber las juerzas que andan,  
dónde están, quiénes las mandan,  
qué caballos y armas tienen.

A cada respuesta nuestra  
uno hace una exclamación,  
y luego en continuación  
aquellos indios feroces  
cientos y cientos de voces  
repiten el mismo son.

Y aquella voz de uno solo  
que empieza por un gruñido,  
llega hasta ser alarido  
de toda la muchedumbre,  
y así alquieren la costumbre  
de pegar esos bramidos.

### 3

De ese modo nos hallamos  
empeñaos en la partida.  
No hay que darla por perdida  
por dura que sea la suerte;  
ni que pensar en la muerte,  
sino en soportar la vida.

Se endurece el corazón,  
no teme peligro alguno.  
Por encontrarlo oportuno  
allí juramos los dos:  
respetar tan sólo a Dios  
de Dios abajo, a ninguno.

El mal es árbol que crece  
y que cortado retoña.  
La gente esperta o visona  
sufre de infinitos modos.  
La tierra es madre de todos,  
pero también da ponzoña.

Mas todo varón prudente  
sufre tranquilo sus males.  
Yo siempre los hallo iguales  
en cualquier senda que elijo.  
La desgracia tiene hijo  
aunque ella no tiene madre.

Y al que le toca la herencia  
donde quiera halla su ruina.  
Lo que la suerte destina  
no puede el hombre evitar.

Porque el cardo ha de pinchar  
es que nace con espina.

Es el destino del pobre  
un continuo safarrancho,  
y pasa como el carancho  
porque el mal nunca se sacia,  
si el viento de la desgracia  
vuela las pajas del rancho.

Mas quien manda los pesares  
manda también el consuelo.  
La luz que baja del cielo  
alumbrá al más encumbrao,  
y hasta el pelo más delgao  
hace su sombra en el suelo.

Pero por más que uno sufra  
un rigor que lo atormente  
no debe bajar la frente  
nunca, por ningún motivo.  
El álamo es más altivo  
y gime costantemente.

.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....

El indio pasa la vida  
robando o echao de panza.  
La única ley es la lanza  
a que se ha de someter.  
Lo que le falta en saber  
lo suple con desconfianza.

Fuera cosa de engarzarlo

a un indio caritativo.  
Es duro con el cautivo,  
le dan un trato horroroso.  
Es astuto y receloso,  
es audaz y vengativo.

No hay que pedirle favor  
ni que aguardar tolerancia.  
Movidos por su inorancia  
y de puro desconfiaos,  
nos pusieron separaos  
bajo sutil vigilancia.

No pude tener con Cruz  
ninguna conversación.  
No nos daban ocasión,  
nos trataban como agenos.  
Como dos años lo menos  
duró esta separación.

Relatar nuestras penurias  
fuera alargar el asunto.  
Les diré sobre este punto  
que a los dos años recién  
nos hizo el cacique el bien  
de dejarnos vivir juntos.

Nos retiramos con Cruz  
a la orilla de un pajal.  
Por no pasarlo tan mal  
en el desierto infinito,  
hicimos como un bendito  
con dos cueros de bagual.

Fuimos a esconder allí  
nuestra pobre situación  
aliviando con la unión  
aquel duro cautiverio,  
tristes como un cementerio

al toque de la oración.

Debe el hombre ser valiente  
si a rodar se determina,  
primero, cuando camina;  
segundo, cuando descansa,  
pues en aquellas andanzas  
perece el que se acoquina.

Cuando es manso el ternero  
en cualquier vaca se priende.  
El que es gaucho esto lo entiende  
y ha de entender si le digo,  
que andábamos con mi amigo  
como pan que no se vende.

Guarecidos en el toldo  
charlábamos, mano a mano.  
Éramos dos veteranos  
mansos pa las sabandijas,  
arrumbaos como cubijas  
cuando calienta el verano.

El alimento no abunda  
por más empeño que se haga;  
lo pasa uno como plaga,  
ejercitando la industria,  
y siempre como la nutria  
viviendo a orillas del agua.

En semejante ejercicio  
se hace diestro el cazador.  
Cai el piche engordador,  
cai el pájaro que trina.  
Todo vicho que camina  
va a parar al asador.

Pues allí a los cuatro vientos  
la persecución se lleva,

naide escapa de la leva  
y dende que la alba asoma  
ya recorre uno la loma,  
el bajo, el nido, y la cueva.

El que vive de la caza  
a cualquier vicho se atreve.  
Que pluma o cáscara lleve,  
pues cuando la hambre se siente  
el hombre le clava el diente  
a todo lo que se mueve.

En las sagradas alturas  
está el maestro principal,  
que enseña a cada animal  
a procurarse el sustento  
y le brinda el alimento  
a todo ser racional.

Y aves, y vichos y pejes,  
se mantienen de mil modos;  
pero el hombre en su acomodo  
es curioso de oservar:  
es el que sabe llorar,  
y es el que los come a todos.

## 4

Antes de aclarar el día  
empieza el indio a aturdir  
la pampa con su rugir,  
y en alguna madrugada,  
sin que sintiéramos nada  
se largaban a invadir.

Primero entierran las prendas  
en cuevas como peludos;  
y aquellos indios cerdudos  
siempre llenos de recelos,  
en los caballos en pelos  
se vienen medio desnudos.

Para pegar el malón  
el mejor flete procuran.  
Y como es su arma segura  
vienen con la lanza sola,  
y varios pares de bolas  
atados a la cintura.

De ese modo anda liviano,  
no fatiga el mancarrón;  
es su espuela en el malón,  
después de bien afilao  
un cuernito de venao  
que se amarra en el garrón.

El indio que tiene un pingo  
que se llega a distinguir,  
lo cuida hasta pa dormir;  
de ese cuidado es esclavo

se lo alquila a otro indio bravo  
cuando vienen a invadir.

Por vigilarlo no come  
y ni aun el sueño concilia.  
Sólo en eso no hay decidia,  
de noche, les asiguro,  
para tenerlo seguro  
le hace cerco la familia.

Por eso habrán visto ustedes,  
si en el caso se han hallao,  
y si no lo han oservao  
téngalo dende hoy presente,  
que todo pampa valiente  
anda siempre bien montao.

Marcha el indio a trote largo  
paso que rinde y que dura;  
viene en dirección sigura  
y jamás a su capricho.  
No se les escapa vicho  
en la noche más escura.

Caminan entre tinieblas  
con un cerco bien formao;  
lo estrechan con gran cuidao  
y agarran al aclarar  
ñanduces, gamas, venaos,  
cuanto ha podido dentrar.

Su señal es un humito  
que se eleva muy arriba  
y no hay quien no lo aperciba  
con esa vista que tienen;  
de todas partes se vienen  
a engrosar la comitiva.

Ansina se van juntando,

hasta hacer esas riunionés  
que caén en las invasiones  
en número tan crecido.  
Para formarlas han salido  
de los últimos rincones.

Es guerra cruel la del indio  
porque viene como fiera;  
atropella donde quiera  
y de asolar no se cansa.  
De su pingó y de su lanza  
toda salvación espera.

Debe atarse bien la faja  
quien aguardarlo se atreva;  
siempre mala intención lleva,  
y como tiene alma grande  
no hay plegaria que lo ablande  
ni dolor que lo conmueva.

Odia de muerte al cristiano,  
hace guerra sin cuartel.  
Para matar es sin yel,  
es fiero de condición.  
No golpea la compasión  
en el pecho del infiel.

Tiene la vista del águila,  
del león la temeridá.  
En el desierto no habrá  
animal que él no lo entienda,  
ni fiera de que no aprienda  
un instinto de crueldá.

Es tenaz en su barbarie,  
no esperen verlo cambiar,  
el deseo de mejorar  
en su rudeza no cabe.  
El bárbaro sólo sabe

emborracharse y peliar.

El indio nunca se ríe  
y el pretenderlo es en vano,  
ni cuando festeja ufano  
el triunfo en sus correrías.  
La risa en sus alegrías  
le pertenece al cristiano.

Se cruzan por el desierto  
como un animal feroz.  
Dan cada alarido atroz  
que hace erizar los cabellos,  
parece que a todos ellos  
los ha maldecido Dios.

Todo el peso del trabajo  
lo dejan a las mujeres.  
El indio es indio y no quiere  
apiar de su condición,  
ha nacido indio ladrón  
y como indio ladrón muere.

El que envenenen sus armas  
les mandan sus hechiceras.  
Y como ni a Dios veneran  
nada a los pampas contiene.  
Hasta los nombres que tienen  
son de animales y fieras.

Y son, por ¡Cristo bendito!,  
lo más desaciaos del mundo.  
Esos indios vagabundos,  
con repunancia me acuerdo,  
viven lo mismo que el cerdo  
en esos toldos inmundos.

Naidés puede imaginar  
una miseria mayor,  
su pobreza causa horror.  
No sabe aquel indio bruto  
que la tierra no da fruto  
si no la riega el sudor.

## 5

Aquel desierto se agita  
cuando la invasión regresa.  
Llevan miles de cabezas  
de vacuno y yeguarizo,  
pa no aflijirse es preciso  
tener bastante firmeza.

Aquello es un hervidero  
de pampas, un celemín.  
Cuando riunen el botín  
juntando toda la hacienda,  
es cantidá tan tremenda  
que no alcanza a verse el fin.

Vuelven las chinas cargadas  
con las prendas en montón;  
aflije esa destrucción.  
Acomodaos en cargueros  
llevan negocios enteros  
que han saquiado en la invasión.

Su pretensión es robar,  
no quedar en el pantano.  
Viene a tierra de cristianos  
como furia del infierno;  
no se llevan al gobierno  
porque no lo hallan a mano.

Vuelven locos de contentos  
cuando han venido a la fija.  
Antes que ninguno elija  
empiezan con todo empeño,

como dijo un santiagueño,  
a hacerse la repartija.

Se reparten el botín  
con igualdá, sin malicia;  
no muestra el indio codicia,  
ninguna falta comete.  
Solo en esto se somete  
a una regla de justicia.

Y cada cual con lo suyo  
a sus toldos enderiesa.  
Luego la matanza empieza  
tan sin razón ni motivo,  
que no queda animal vivo  
de esos miles de cabezas.

Y satifecho el salvage  
de que su oficio ha cumplido  
lo pasa por ay tendido  
volviendo a su haraganiar.  
Y entra la china a cueriar  
con un afán desmedido.

A veces a tierra adentro  
algunas puntas se llevan,  
pero hay pocos que se atrevan  
a hacer esas incursiones,  
porque otros indios ladrones  
les suelen pelar la breva.

Pero pienso que los pampas  
deben de ser los más rudos.  
Aunque andan medio desnudos  
ni su convenencia entienden,  
por una vaca que venden  
quinientas matan al ñudo.

Estas cosas y otras piores

las he visto muchos años;  
pero si yo no me engaño  
concluyó ese bandalage,  
y esos bárbaros salvages  
no podrán hacer más daño.

Las tribus están desechas;  
los caciques más altivos  
están muertos o cautivos  
privados de toda esperanza,  
y de la chusma y de lanza,  
ya muy pocos quedan vivos.

Son salvages por completo  
hasta pa su diversión.  
Pues hacen una junción  
que naides se la imagina;  
recién le toca a la china  
el hacer su papelón.

Cuanto el hombre es más salvage  
trata pior a la muger.  
Yo no sé que pueda haber  
sin ella dicha ni goce.  
¡Feliz el que la conoce  
y logra hacerse querer!

Todo el que entiende la vida  
busca a su lao los placeres.  
Justo es que las considere  
el hombre de corazón;  
sólo los cobardes son  
valientes con sus mugeres.

Pa servir a un desgraciao  
pronta la muger está.  
Cuando en su camino va  
no hay peligro que la asuste;  
ni hay una a quien no le guste

una obra de caridá.

No se hallará una muger  
a la que esto no le cuadre.  
Yo alabo al Eterno Padre,  
no porque las hizo bellas,  
sino porque a todas ellas  
les dio corazón de madre.

Es piadosa y deligente  
y sufrida en los trabajos:  
tal vez su valer rebajo  
aunque la estimo bastante;  
lías los indios inorantes  
la tratan al estropajo.

Echan la alma trabajando  
bajo el más duro rigor  
el marido es su señor,  
como tirano la manda  
porque el indio no se ablanda  
ni siquiera en el amor.

No tiene cariño a naidas  
ni sabe lo que es amar,  
ini qué se puede esperar  
de aquellos pechos de bronce!  
Yo los conocí al llegar  
y los calé dende entonces.

Mientras tiene que comer  
permanece sosegao.  
Yo, que en sus toldos he estao  
y sus costumbres oservo,  
digo que es como aquel cuervo  
que no volvió del mandao.

Es para él como juguete  
escupir un crucifijo.

Pienso que Dios los maldijo  
y ansina el ñudo desato;  
el indio, el cerdo y el gato,  
redaman sangre del hijo.

Mas ya con cuentos de pampas  
no ocuparé su atención.  
Debo pedirles perdón,  
pues sin querer me distraje,  
por hablar de los salvages  
me olvidé de la junción.

.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....

Hacen un cerco de lanzas,  
los indios quedan ajuera.  
Dentra la china ligera  
como yeguada en la trilla,  
y empieza allí la cuadrilla  
a dar güeltas en la era.

A un lao están los caciques  
capitanejos y el trompa;  
tocando con toda pompa  
como un toque de fagina,  
adentro muere la china  
sin que aquel círculo rompa.

Muchas veces se les oyen  
a las pobres los quejidos;  
mas son lamentos perdidos.  
Al rededor del cercao  
en el suelo están mamaos  
los indios dando alaridos.

Su canto es una palabra  
y de ay no salen jamás.  
Llevan todas el compás  
«ioká-ioká» repitiendo.  
Me parece estarlas viendo  
más fieras que satanáas.

Al trote dentro del cerco,  
sudando, hambrientas, juriosas,  
desgreñadas y rotosas  
de sol a sol se lo llevan.  
Bailan, aunque truene o llueva,  
cantando la misma cosa.

## 6

El tiempo sigue en su giro  
y nosotros solitarios,  
de los indios sanguinarios  
no teníamos qué esperar.  
El que nos salvó al llegar  
era el más hospitalario.

Mostró noble corazón,  
cristiano anelaba ser.  
La justicia es un deber,  
y sus méritos no callo,  
nos regaló unos caballos  
y a veces nos vino a ver.

A la voluntá de Dios  
ni con la intención resisto.  
Él nos salvó... pero iah, Cristo!  
muchas veces he deseado  
no nos hubieran salvado  
ni jamás haberlo visto.

Quien recibe beneficios  
jamás los debe olvidar;  
y al que tiene que rodar  
en su vida trabajosa,  
le pasan a veces cosas  
que son duras de pelar.

Voy dentrando poco a poco  
en lo triste del pasage.  
Cuando es amargo el brebage  
el corazón no se alegra,

dentró una virgüela negra  
que los diezmó a los salvages.

Al sentir tal mortandá  
los indios desesperaos  
gritaban alborotados:  
«cristiano echando gualicho».  
No quedó en los toldos vicho  
que no salió redotao.

Sus remedios son secretos,  
los tienen las adivinas.  
No los conocen las chinas  
sino alguna ya muy vieja,  
y es la que los aconseja  
con mil embustes la indina.

Allí soporta el paciente  
las terribles curaciones.  
Pues a golpes y estrujones  
son los remedios aquellos,  
lo agarran de los cabellos  
y le arrancan los mechones.

Les hacen mil heregías  
que el presenciarlas da horror.  
Brama el indio de dolor  
por los tormentos que pasa;  
y untándolo todo en grasa  
lo ponen a hervir al sol.

Y puesto allí boca arriba  
al rededor le hacen fuego.  
Una china viene luego  
y al oído le da de gritos.  
Hay algunos tan malditos  
que sanan con este juego.

A otros les cuecen la boca

aunque de dolores cruja.  
Lo agarran allí y lo estrujan,  
labios le queman y dientes  
con un güevo bien caliente  
de alguna gallina bruja.

Conoce el indio el peligro  
y pierde toda esperanza.  
Si a escapárseles alcanza  
dispara como una liebre.  
Le da delirios la fiebre  
y ya le cain con la lanza.

Esas fiebres son terribles,  
y aunque de esto no disputo,  
ni de saber me reputo,  
será, decíamos nosotros,  
de tanta carne de potro  
como comen estos brutos.

Había un gringuito cautivo  
que siempre hablaba del barco  
y lo augaron en un charco  
por causante de la peste.  
Tenía los ojos celestes  
como potrillito zarco.

Que le dieran esa muerte  
dispuso una china vieja;  
y aunque se aflije y se queja,  
es inútil que resista.  
Ponía el infeliz la vista  
como la pone la oveja.

Nosotros nos alejamos  
para no ver tanto estrago.  
Cruz sentía los amagos  
de la peste que reinaba,  
y la idea nos acosaba

de volver a nuestros pagos.

Pero contra el plan mejor  
el destino se revela.

¡La sangre se me congela!  
El que nos había salvado,  
cayó también atacado  
de la fiebre y la virgüela.

No podíamos dudar  
al verlo en tal padecer  
el fin que había de tener,  
y Cruz que era tan humano:  
«Vamos, —me dijo—, paisano,  
a cumplir con un deber».

Fuimos a estar a su lado  
para ayudarlo a curar.  
Lo vinieron a buscar  
y hacerle como a los otros;  
lo defendimos nosotros,  
no lo dejamos lanzar.

Iba creciendo la plaga  
y la mortandá seguía;  
a su lado nos tenía.  
Cuidándolo con pacencia.  
Pero acabó su existencia  
al fin de unos pocos días.

El recuerdo me atormenta,  
se renueva mi pesar.  
Me dan ganas de llorar  
nada a mis penas igualo;  
Cruz también cayó muy malo  
ya para no levantar.

Todos pueden figurarse  
cuánto tuve que sufrir;

yo no hacía sino gemir  
y aumentaba mi aflicción,  
no saber una oración  
pa ayudarlo a bien morir.

Se le pasmó la virgüela,  
y el pobre estaba en un grito.  
Me recomendó un hijito  
que en su pago había dejado,  
«ha quedado abandonado  
—me dijo—, aquel pobrecito.»

«Si vuelve, busquemeló,  
—me repetía a media voz—,  
en el mundo éramos dos  
pues él ya no tiene madre:  
que sepa el fin de su Padre  
y encomiende mi alma a Dios.»

Lo apretaba contra el pecho  
dominao por el dolor.  
Era su pena mayor  
el morir allá entre infieles,  
sufriendo dolores crueles  
entregó su alma al Criador.

De rodillas a su lado  
iyo lo encomendé a Jesús!  
Faltó a mis ojos la luz.  
Tube un terrible desmayo.  
Cai como herido del rayo  
cuando lo vi muerto a Cruz.

## 7

Aquel bravo compañero  
en mis brazos espiró;  
hombre que tanto sirvió,  
varón que fue tan prudente,  
por humano y por valiente  
en el desierto murió.

Y yo, con mis propias manos  
yo mismo lo sepulté.  
A Dios por su alma rogué  
de dolor el pecho lleno.  
Y humedeció aquel terreno  
el llanto que redamé.

Cumplí con mi obligación,  
no hay falta de que me acuse,  
ni deber de que me escuse  
aunque de dolor sucumba.  
Allá señala su tumba  
una cruz que yo lo puse.

Andaba de toldo en toldo  
y todo me fastidiaba.  
El pesar me dominaba  
y entregao al sentimiento,  
se me hacía cada momento  
oír a Cruz que me llamaba.

Cual más, cual menos los criollos  
saben lo que es amargura.  
En mi triste desventura  
no encontraba otro consuelo

que ir a tirarme en el suelo  
al lao de su sepoltura.

Allí pasaba las horas  
sin haber naides conmigo.  
Teniendo a Dios por testigo  
y mis pensamientos fijos  
en mi muger y mis hijos,  
en mi pago y en mi amigo.

Privado de tantos bienes  
y perdido en tierra agena,  
parece que se encadena  
el tiempo y que no pasara,  
como si el sol se parara  
a contemplar tanta pena.

Sin saber qué hacer de mí  
y entregado a mi aflicción,  
estando allí una ocasión,  
del lado que venía el viento  
oí unos tristes lamentos  
que llamaron mi atención.

No son raros los quejidos  
en los toldos del salvage,  
pues aquel es vandalage  
donde no se arregla nada  
sino a lanza y puñalada  
a bolazos y a corage.

No preciso juramento,  
deben creerle a Martín Fierro.  
He visto en ese destierro  
a un salvage que se irrita,  
degollar una chinita  
y tirársela a los perros.

He presenciado martirios

he visto muchas crueldades,  
crímenes y atrocidades  
que el cristiano no imagina;  
pues ni el indio ni la china  
sabe lo que son piedades.

Quise curiosiar los llantos  
que llegaban hasta mí,  
al punto me dirigí  
al lugar de ande venían.  
¡Me horrorisa todavía  
el cuadro que descubrí!

Era una infeliz muger  
que estaba de sangre llena,  
y como una Madalena  
lloraba con toda gana.  
Conocí que era cristiana  
y esto me dio mayor pena.

Cauteloso me acerqué  
a un indio que estaba al lao;  
porque el pampa es desconfiao  
siempre de todo cristiano,  
y vi que tenía en la mano  
el rebenque ensangrentao.

## 8

Más tarde supe por ella,  
de manera positiva,  
que dentró una comitiva  
de pampas a su partido,  
mataron a su marido  
y la llevaron cautiva.

En tan dura servidumbre  
hacía dos años que estaba.  
Un hijito que llevaba  
a su lado lo tenía.  
La china la aborrecía  
tratándola como esclava.

Deseaba para escaparse  
hacer una tentativa.  
Pues a la infeliz cautiva  
naides la va a redimir,  
y allí tiene que sufrir  
el tormento mientras viva.

Aquella china perversa  
dende el punto que llegó,  
crueldá y orgullo mostró  
porque el indio era valiente.  
Usaba un collar de dientes  
de cristianos que él mató.

La mandaba trabajar,  
poniendo cerca a su hijito  
tiritando y dando gritos  
por la mañana temprano,

atado de pies y manos  
lo mismo que un corderito.

Ansí le imponía tarea  
de juntar leña y sembrar  
viendo a su hijito llorar,  
y hasta que no terminaba,  
la china no la dejaba  
que le diera de mamar.

Cuando no tenían trabajo  
la emprestaban a otra china.  
Naidés, decía, se imagina,  
ni es capaz de presumir  
cuánto tiene que sufrir  
la infeliz que está cautiva.

Si ven crecido a su hijito  
como de piedá no entienden,  
y a súplicas nunca atienden,  
cuando no es este es el otro,  
se lo quitan y lo venden  
o lo cambian por un potro.

En la crianza de los suyos  
son bárbaros por demás,  
no lo había visto jamás;  
en una tabla los atan,  
los crían ansí, y les achatan  
la cabeza por detrás.

Aunque esto parezca extraño  
ninguno lo ponga en duda:  
entre aquella gente ruda,  
en su bárbara torpeza,  
es gala que la cabeza  
se les forme puntiaguda.

Aquella china malvada

que tanto la aborrecía,  
empezó a decir un día  
por qué falleció una hermana,  
que sin duda la cristiana  
le había echado brugería.

El indio la sacó al campo  
y la empezó a amenazar  
que le había de confesar  
si la brugería era cierta;  
o que la iba a castigar  
hasta que quedara muerta.

Llora la pobre aflijida,  
pero el indio en su rigor  
le arrebató con furor  
al hijo de entre sus brazos,  
y del primer rebencazo  
la hizo crugir de dolor.

Que aquel salvaje tan cruel  
azotándola seguía,  
más y más se enfurecía  
cuanto más la castigaba,  
y la infeliz se atajaba  
los golpes como podía.

Que le gritó muy furioso:  
«*Confechando no querés*»  
la dio vuelta de un revés  
y por colmar su amargura,  
a su tierna criatura  
se la degolló a los pies.

Es increíble, —me decía—,  
que tanta fiereza esista  
o habrá madre que resista;  
aquel salvaje inclemente  
cometió tranquilamente

aquel crimen a mi vista.

Esos horrores tremendos  
no los inventa el cristiano.  
«Ese bárbaro inhumano,  
—sollozando me lo dijo—,  
me amarró luego las manos  
con las tripitas de mi hijo.»

## 9

De ella fueron los lamentos  
que en mi soledá escuché.  
En cuanto al punto llegué  
quedé enterado de todo.  
Al mirarla de aquel modo  
ni un instante tutubíé.

Toda cubierta de sangre  
aquella infeliz cautiva  
tenía dende abajo arriba  
la marca de los lazazos.  
Sus trapos hechos pedazos  
mostraban la carne viva.

Alzó los ojos al cielo  
en sus lágrimas bañada,  
tenía las manos atadas,  
su tormento estaba claro;  
y me clavó una mirada  
como pidiéndome amparo.

Yo no sé lo que pasó  
en mi pecho en ese instante,  
estaba el indio arrogante  
con una cara feroz;  
para entendernos los dos,  
la mirada fue bastante.

Pegó un brinco como gato  
y me ganó la distancia.  
Aprovechó esa ganancia  
como fiera cazadora.

Desató las boliadoras  
y aguardó con vigilancia.

Aunque yo iba de curioso  
y no por buscar contienda,  
al pingo le até la rienda,  
eché mano dende luego,  
a éste que no yerra fuego,  
y ya se armó la tremenda.

El peligro en que me hallaba  
al momento conocí.  
Nos mantubimos así,  
me miraba y lo miraba;  
yo, al indio le desconfiaba  
y él me desconfiaba a mí.

Se debe ser precabido  
cuando el indio se agasape.  
En esa postura el tape  
vale por cuatro o por cinco.  
Como tigre es para el brinco  
y fácil que a uno lo atrape.

Peligro era atropellar  
y era peligro el jüir;  
y más peligro seguir  
esperando de este modo,  
pues otros podían venir  
y carniarme allí entre todos.

A juerza de precaución  
muchas veces he salvado,  
pues en un trance apurado  
es mortal cualquier descuido.  
Si Cruz hubiera vivido  
no habría tenido cuidado.

Un hombre junto con otro

en valor y en juerza crece.  
El temor desaparece,  
escapa de cualquier trampa.  
Entre dos, no digo a un pampa,  
a la tribu si se ofrece.

En tamaña incertidumbre,  
en trance tan apurado,  
no podía por decontado  
escaparme de otra suerte,  
sino dando al indio muerte  
o quedando allí estirado.

Y como el tiempo pasaba  
y aquel asunto me urgía,  
viendo que él no se movía,  
me fui medio de soslayo  
como a agarrarle el caballo  
a ver si se me venía.

Ansí fue, no aguardó más  
y me atropelló el salvage.  
Es preciso que se ataje  
quien con el indio peleé.  
El miedo de verse a pie  
aumentaba su corage.

En la dentrada no más  
me largó un par de bolazos.  
Uno me tocó en un brazo,  
si me da bien me lo quiebra.  
Pues las bolas son de piedra  
y vienen como balazo.

A la primer puñalada  
el pampa se hizo un ovillo.  
Era el salvage más pillo  
que he visto en mis correrías,  
y a más de las picardías

arisco para el cuchillo.

Las bolas las manejaba  
aquel bruto con destreza,  
las recogía con presteza  
y me las volvía a largar,  
haciéndomelas silvar  
arriba de la cabeza.

Aquel indio, como todos,  
era cauteloso... ¡ay juna!  
Ay me valió la fortuna  
de que peliando se apotra.  
Me amenazaba con una,  
y me largaba con otra.

Me sucedió una desgracia  
en aquel percance amargo,  
en momentos que lo cargo  
y que él reculando va.  
Me enredé en el chiripá  
y cai tirao largo a largo.

Ni pa encomendarme a Dios  
tiempo el salvage me dio;  
cuanto en el suelo me vio  
me saltó con ligereza.  
Juntito de la cabeza  
el bolazo retumbó.

Ni por respeto al cuchillo  
dejó el indio de apretarme.  
Allí pretende ultimarme  
sin dejarme levantar.  
Y no me daba lugar  
ni siquiera a enderezarme.

Devalde quiero moverme  
aquel indio no me suelta.

Como persona resuelta  
toda mi juerza ejecuto.  
Pero abajo de aquel bruto  
no podía ni darme güelta.

.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....

¡Bendito Dios poderoso,  
quién te puede comprender!  
Cuando a una débil muger  
le diste en esa ocasión  
la juerza que en un varón  
tal vez no pudiera haber.

Esa infeliz tan llorosa  
viendo el peligro se anima.  
Como una flecha se arrima  
y olvidando su aflicción,  
le pegó al indio un tirón  
que me lo sacó de encima.

Ausilio tan generoso  
me libertó del apuro.  
Si no es ella, de seguro  
que el indio me sacrifica.  
Y mi valor se duplica  
con un ejemplo tan puro.

En cuanto me enderecé  
nos volvimos a topar.  
No se podía descansar  
y me chorriaba el sudor.  
En un apuro mayor  
jamás me he vuelto a encontrar.

Tampoco yo le daba alce  
como deben suponer.  
Se había aumentao mi quehacer  
para impedir que el brutazo  
le pegara algún bolazo  
de rabia a aquella muger.

La bola en manos del indio  
es terrible y muy ligera.  
Hace de ella lo que quiera  
saltando como una cabra.  
Mudos, sin decir palabra,  
peliábamos como fieras.

Aquel duelo en el desierto  
nunca, jamás se me olvida,  
iba jugando la vida  
con tan terrible enemigo,  
teniendo allí de testigo  
a una muger afligida.

Cuanto él más se enfurecía  
yo más me empiezo a calmar;  
mientras no logra matar  
el indio no se desfoga;  
al fin le corté una soga  
y lo empecé aventajar.

Me hizo sonar las costillas  
de un bolazo aquel maldito;  
y al tiempo que le di un grito  
y le dentró como bala,  
pisa el indio, y se refala  
en el cuerpo del chiquito.

Para esplicar el misterio  
es muy escasa mi cencia.  
Lo castigó, en mi concencia,

su Divina Magestá.  
Donde no hay casualidá  
suele estar la Providencia.

En cuanto trastrabilló  
más de firme lo cargué,  
y aunque de nuevo hizo pie  
lo perdió aquella pisada;  
pues en esa atropellada  
en dos partes lo corté.

Al sentirse lastimao  
se puso medio afligido.  
Pero era indio decidido,  
su valor no se quebranta.  
Le salían de la garganta  
como una especie de aullidos.

Lastimao en la cabeza  
la sangre lo encegucía;  
de otra herida le salía  
haciendo un charco ande estaba.  
Con los pies la chapaliaba  
sin aflojar todavía.

Tres figuras imponentes  
formábamos aquel terno:  
ella en su dolor materno,  
yo con la lengua dejuera,  
y el salvage como fiera  
disparada del infierno.

Iba conociendo el indio  
que tocaban a degüello.  
Se le erizaba el cabello  
y los ojos revolvía,  
los labios se le perdían  
cuando iba a tomar resuello.

En una nueva dentrada  
le pegué un golpe sentido,  
y al verse ya mal herido,  
aquel indio furibundo  
lanzó un terrible alarido  
que retumbó como un ruido  
si se sacudiera el mundo.

Al fin de tanto lidiar  
en el cuchillo lo alcé.  
En peso lo levanté  
aquel hijo del desierto.  
Ensartado lo llevé,  
y allá recién lo largué  
cuando ya lo sentí muerto.

Me persiné dando gracias  
de haber salvado la vida.  
Aquella pobre afligida,  
de rodillas en el suelo,  
alzó sus ojos al Cielo  
sollozando dolorida.

Me hiqué también a su lado  
a dar gracias a mi Santo.  
En su dolor y quebranto  
ella, a la Madre de Dios,  
le pide en su triste llanto  
que nos ampare a los dos.

Se alzó con pausa de leona  
cuando acabó de implorar,  
y sin dejar de llorar  
envolvió en unos trapitos  
los pedazos de su hijito  
que yo le ayudé a juntar.



## 10

Dende ese punto era juerza  
abandonar el desierto,  
pues me hubieran descubierta,  
y aunque lo maté en pelea,  
de fijo que me lancean  
por vengar al indio muerto.

A la aflijida cautiva  
mi caballo le ofrecí.  
Era un pingo que alquirí,  
y donde quiera que estaba  
en cuanto yo lo silvaba  
venía a refregarse en mí.

Yo me le senté al del pampa;  
era un oscuro tapao.  
Cuando me hallo bien montao  
de mis casillas me salgo.  
Y era un pingo como galgo  
que sabía correr boliao.

Para correr en el campo  
no hallaba ningún tropiezo.  
Los egercitan en eso,  
y los ponen como luz,  
de dentrarle a un avestruz  
y boliar bajo el pescuezo.

El pampa educa al caballo  
como para un entrevero.  
Como rayo es de ligero  
en cuanto el indio lo toca.

Y como trompo en la boca,  
da güeltas sobre de un enero.

Lo barea en la madrugada,  
jamás falta a este deber.  
Luego lo enseña a correr  
entre fangos y guadales.  
Ansina esos animales  
ies cuanto se puede ver!

En el caballo de un pampa  
no hay peligro de rodar.  
Jue pucha, y pa disparar  
es pingo que no se cansa.  
Con proligidá lo amansa  
sin dejarlo corcobiar.

Pa quitarle las cosquillas  
con cuidao lo manosea,  
horas enteras emplea,  
y por fin, solo lo deja,  
cuando agacha las orejas  
y ya el potro ni cocea.

Jamás le sacude un golpe  
porque lo trata al bagual  
con pacencia sin igual,  
al domarlo no le pega,  
hasta que al fin se le entrega  
ya dócil el animal.

Y aunque yo sobre los bastos  
me sé sacudir el polvo,  
a esa costumbre me amoldo.  
Con pacencia lo manejan  
y al día siguiente lo dejan  
rienda arriba junto al toldo.

Ansí todo el que procure

tener un pingo modelo  
lo ha de cuidar con desvelo,  
y debe impedir también,  
el que de golpes le den  
o tironén en el suelo.

Muchos quieren dominarlo  
con el rigor y el azote,  
y si ven al chafalote  
que tiene trazas de malo,  
lo embraman en algún palo  
hasta que se descogote.

Todos se vuelven pretextos  
y güeltas para ensillarlo.  
Dicen que es por quebrantarlo,  
mas comprende cualquier bobo,  
que es de miedo del corcobo  
y no quieren confesarlo.

El animal yeguarizo,  
perdónenme esta alvertencia,  
es de mucha conocencia  
y tiene mucho sentido.  
Es animal consentido  
lo cautiva la pacencia.

Aventaja a los demás  
el que estas cosas entienda  
es bueno que el hombre aprienda,  
pues hay pocos domadores,  
y muchos frangoyadores  
que andan de bozal y rienda.

.....  
.....  
.....  
.....  
.....

.....

Me vine como les digo  
trayendo esa compañera.  
Marchamos la noche entera  
haciendo nuestro camino  
sin más rumbo que el destino  
que nos llevara ande quiera.

Al muerto, en un pajonal  
había tratao de enterrarlo,  
y después de maniobrarlo  
lo tapé bien con las pajas,  
para llevar de ventaja  
lo que emplearan en hallarlo.

En notando nuestra ausiencia  
nos habían de perseguir.  
Y al decidirme a venir,  
con todo mi corazón  
hice la resolución  
de peliar hasta morir.

Es un peligro muy serio  
cruzar juyendo el desierto.  
Muchísimos de hambre han muerto,  
pues en tal desasosiego  
no se puede ni hacer fuego  
para no ser descubierto.

Sólo el albitrio del hombre  
puede ayudarlo a salvar.  
No hay auxilio que esperar,  
sólo de Dios hay amparo.  
En el desierto es muy raro  
que uno se pueda escapar.

¡Todo es cielo y horizonte  
en inmenso campo verde!

¡Pobre de aquel que se pierde  
o que su rumbo estravea!  
Si alguien cruzarlo desea  
este consejo recuerde.

Marque su rumbo de día  
con toda fidelidá.  
Marche con puntualidá  
siguiéndolo con fijeza,  
y si duerme, la cabeza  
ponga para el lao que va.

Oserve con todo esmero  
adonde el sol aparece,  
si hay ñeblina y le entorpece  
y no lo puede oserver,  
guardesé de caminar  
pues quien se pierde perece.

Dios les dio istintos sutiles  
a toditos los mortales.  
El hombre es uno de tales  
y en las llanuras aquellas  
lo guían el sol, las estrellas,  
el viento y los animales.

Para ocultarnos de día  
a la vista del salvage,  
ganábamos un parage  
en que algún abrigo hubiera,  
a esperar que anoheciera  
para seguir nuestro viage.

Penurias de toda clase  
y miserias padecimos,  
varias veces no comimos  
o comimos carne cruda.  
Y en otras, no tengan duda,  
con reices nos mantubimos.

Después de mucho sufrir  
tan peligrosa inquietú,  
alcanzamos con salú  
a divisar una sierra,  
y al fin pisamos la tierra  
en donde crece el Ombú.

Nueva pena sintió el pecho  
por Cruz, en aquel parage.  
Y en humilde vasallage  
a la magestá infinita,  
besé esta tierra bendita  
que ya no pisa el salvage.

Al fin la misericordia  
de Dios, nos quiso amparar;  
es preciso soportar  
los trabajos con costancia.  
Alcanzamos a una Estancia  
después de tanto penar.

Ay mesmo me despedí  
de mi infeliz compañera.  
«Me voy, —le dije—, ande quiera,  
aunque me agarre el gobierno,  
pues infierno por infierno  
prefiero el de la frontera.»

Concluyo esta relación,  
ya no puedo continuar,  
permítanme descansar:  
están mis hijos presentes,  
y yo ansioso porque cuenten  
lo que tengan que contar.

# 11

Y mientras que tomo un trago  
pa refrescar el garguero,  
y mientras tiempla el muchacho  
y prepara su instrumento,  
les contaré de qué modo  
tuvo lugar el encuentro.  
Me acerqué a algunas Estancias  
por saber algo de cierto,  
creyendo que en tantos años  
esto se hubiera compuesto;  
pero cuanto saqué en limpio  
fue, que estábamos lo mismo,  
ansí me dejaba andar  
haciéndome el chancho rengo,  
porque no me convenía  
revolver el avispero;  
pues no inorarán ustedes  
que en cuentas con el gobierno  
tarde o temprano lo llaman  
al pobre a hacer el arreglo.  
Pero al fin tuve la suerte  
de hallar un amigo viejo,  
que de todo me informó,  
y por él supe al momento,  
que el Juez que me perseguía  
hacía tiempo que era muerto:  
por culpa suya he pasado  
diez años de sufrimiento,  
y no son pocos diez años

para quien ya llega a viejo.  
Y los he pasado así,  
si en mi cuenta no me yerro  
tres años en la frontera,  
dos como gaucho matrero,  
y cinco allá entre los Indios  
hacen los diez que yo cuento.  
Me dijo, a más, ese amigo  
que andubiera sin recelo,  
que todo estaba tranquilo,  
que no perseguía el Gobierno;  
que ya naides se acordaba  
de la muerte del moreno,  
aunque si yo lo maté,  
mucha culpa tuvo el negro.  
Estube un poco imprudente,  
puede ser, yo lo confieso, pero él me precipitó  
porque me cortó primero.  
Y amás, me cortó en la cara  
que es un asunto muy serio.  
Me asguró el mesmo amigo  
que ya no había ni el recuerdo  
de aquel que en la pulpería  
lo dejé mostrando el sebo.  
Él, de engreído, me buscó  
yo ninguna culpa tengo;  
él mesmo vino a peliarme,  
y tal vez me hubiera muerto  
si le tengo más confianza  
o soy un poco más lerdo.  
Fue suya toda la culpa  
porque ocasionó el suceso.  
Que ya no hablaban tampoco,  
me lo dijo muy de cierto,  
de cuando con la partida

llegué a tener el encuentro.  
Esa vez me defendí  
como estaba en mi derecho,  
porque fueron a prenderme  
de noche y en campo abierto.  
Se me acercaron con armas,  
y sin darme voz de preso  
me amenazaron a gritos  
de un modo que daba miedo.  
Que iban arreglar mis cuentas  
tratándome de matrero,  
y no era el jefe el que hablaba  
sino un cualquiera de entre ellos.  
Y ese, me parece a mí,  
no es modo de hacer arreglos,  
ni con el que es inocente,  
ni con el culpable menos.  
Con semejantes noticias  
yo me puse muy contento  
y me presenté ande quiera  
como otros pueden hacerlo.  
De mis hijos he encontrado  
sólo a dos hasta el momento  
y de ese encuentro feliz  
le doy las gracias al cielo.  
A todos cuantos hablaba  
les preguntaba por ellos,  
mas no me daba ninguno  
razón de su paradero;  
casualmente el otro día  
llegó a mi conocimiento,  
de una carrera muy grande  
entre varios estancieros,  
y fui como uno de tantos  
aunque no llevaba un medio.

No faltaban, ya se entiende  
en aquel gauchage inmenso,  
muchos que ya conocían  
la historia de Martín Fierro;  
y allí estaban los muchachos  
cuidando unos parejeros.  
Cuanto me oyeron nombrar  
se vinieron al momento,  
diciéndome quiénes eran  
aunque no me conocieron,  
porque venía muy aindiao  
y me encontraban muy viejo.  
La junción de los abrazos  
de los llantos y los besos  
se deja pa las mugeres  
como que entienden el juego.  
Pero el hombre que compriende  
que todos hacen lo mismo,  
en público canta y baila  
abraza y llora en secreto.  
Lo único que me han contado  
es que mi muger ha muerto.  
Que en procuras de un muchacho  
se fue la infeliz al pueblo,  
donde infinitas miserias  
habrá sufrido por cierto.  
Que por fin a un hospital  
fue a parar medio muriendo,  
y en ese abismo de males  
falleció al muy poco tiempo.  
Les juro que de esa pérdida  
jamás he de hallar consuelo;  
muchas lágrimas me cuesta  
dende que supe el suceso.  
Mas dejemos cosas tristes

aunque alegrías no tengo;  
me parece que el muchacho  
ha templao y está dispuesto.  
Vamos a ver qué tal lo hace,  
y juzgar su desempeño.  
Ustedes no los conocen,  
yo tengo confianza en ellos.  
No porque lleven mi sangre,  
eso fuera lo de menos,  
sino porque dende chicos  
han vivido padeciendo.  
Los dos son aficionados,  
les gusta jugar con fuego.  
Vamos a verlos correr.  
Son cojos... hijos de rengo.

## 12

### El hijo mayor de Martín Fierro

*La penitenciaría*<

Aunque el gajo se parece  
al árbol de donde sale,  
solía decirlo mi madre  
y en su razón estoy fijo:  
«Jamás puede hablar el hijo  
con la autoridad del padre.»

Recordarán que quedamos  
sin tener donde abrigarnos;  
ni ramada ande ganarnos  
ni rincón ande meternos  
ni camisa que ponernos  
ni poncho con que taparnos.

Dichoso aquel que no sabe  
lo que es vivir sin amparo;  
yo con verdad les declaro,  
aunque es por demás sabido.  
Dende chiquito he vivido  
en el mayor desamparo.

No le merman el rigor  
los mismos que lo socorren.  
Tal vez porque no se borren  
los decretos del destino,  
de todas partes lo corren  
como ternero dañino.

Y vive como los vichos

buscando alguna rendija  
el güérfano es sabandija  
que no encuentra compasión,  
y el que anda sin dirección  
es guitarra sin clavija.

Sentiré que cuanto digo  
a algún oyente le cuadre  
ni casa tenía, ni madre,  
ni parentela, ni hermanos;  
y todos limpian sus manos  
en el que vive sin padre.

Lo cruza este de un lazazo,  
lo abomba aquel de un moquete,  
otro le busca el cachete  
y entre tanto soportar,  
suele a veces no encontrar  
ni quien le arroje un soquete.

Si lo recogen lo tratan  
con la mayor rigidez  
piensan que es mucho tal vez  
cuando ya muestra el pellejo  
si le dan un trapo viejo  
pa cubrir su desnudez.

Me crié, pues, como les digo,  
desnudo a veces y hambriento,  
me ganaba mi sustento,  
y ansí los años pasaban.  
Al ser hombre me esperaban  
otra clase de tormentos.

Pido a todos que no olviden,  
lo que les voy a decir;  
en la escuela del sufrir  
he tomado mis lecciones;  
y hecho muchas reflexiones

dende que empecé a vivir.

Si alguna falta cometo  
la motiva mi inorancia,  
no vengo con arrogancia;  
y les diré en conclusión  
que trabajando de pión  
me encontraba en una estancia.

El que manda siempre puede  
hacerle al pobre un calvario;  
a un vecino propietario  
un boyero le mataron,  
y aunque a mí me lo achacaron  
salió cierto en el sumario.

Piensen los hombres honrados  
en la vergüenza y la pena  
de que tendría la alma llena  
al verme ya tan temprano  
igual a los que sus manos  
con el crimen envenenan.

Declararon otros dos  
sobre el caso del dijunto;  
mas no se aclaró el asunto,  
y el Juez por darlas de listo,  
«Amarrados como un Cristo,  
—nos dijo—, irán todos juntos.

»A la Justicia Ordinaria  
voy a mandar a los tres.»  
Tenía razón aquel Juez,  
y cuantos así amenacen;  
ordinaria,... es como la hacen  
lo he conocido después.

Nos remitió como digo  
a esa Justicia Ordinaria,

y fuimos con la sumaria  
a esa cárcel de malevos,  
que por un bautismo nuevo  
le llaman Penitenciaria.

El porqué tiene ese nombre  
naides me lo dijo a mí  
mas yo me lo esplico así:  
le dirán Penitenciaria  
por la penitencia diaria  
que se sufre estando allí.

Criollo que cai en desgracia  
tiene que sufrir no poco.  
Naidés lo ampara tampoco  
si no cuenta con recursos.  
El gringo es de más discurso,  
cuando mata, se hace el loco.

No sé el tiempo que corrió  
en aquella sepoltura;  
si de ajuera no lo apuran,  
el asunto va con pausa;  
tienen la presa sigura  
y dejan dormir la causa.

Inora el preso a qué lado  
se inclinará la balanza.  
Pero es tanta la tardanza  
que yo les digo por mí:  
el hombre que dentre allí  
deje afuera la esperanza.

Sin perfeccionar las leyes  
perfeccionan el rigor.  
Sospecho que el inventor  
habrá sido algún maldito.  
Por grave que sea un delito  
aquella pena es mayor.

Eso es para quebrantar  
el corazón más altivo.  
Los llaveros son pasivos,  
pero más secos y duros  
tal vez que los mismos muros  
en que uno gime cautivo.

No es en grillos ni en cadenas  
en lo que usted penará,  
sino en una soledad  
y un silencio tan profundo,  
que parece que en el mundo  
es el único que está.

El más altivo varón  
y de cormillo gastao,  
allí se vería agoviao  
y su corazón marchito,  
al encontrarse encerrao  
a solas con su delito.

En esa cárcel no hay toros,  
allí todos son corderos;  
no puede el más altanero,  
al verse entre aquellas rejas,  
sino amujar las orejas  
y sufrir callao su encierro.

Y digo a cuantos inoran  
el rigor de aquellas penas,  
yo que sufrí las cadenas  
del destino y su inclemencia,  
que aprovechen la esperencia,  
del mal en cabeza agena.

¡Ay!, madres, las que dirigen  
al hijo de sus entrañas,  
no piensen que las engaña,

ni que las habla un falsario;  
lo que es el ser presidario  
no lo sabe la campaña.

Hijas, esposas, hermanas,  
cuantas quieren a un varón,  
díganles que esa prisión  
es un infierno temido,  
donde no se oye más ruido  
que el latir del corazón.

Allá el día no tiene sol,  
la noche no tiene estrellas.  
Sin que le valgan querellas  
encerrao lo purifican;  
y sus lágrimas salpican  
en las paredes aquellas.

En soledá tan terrible  
de su pecho oye el latido,  
lo sé porque lo he sufrido  
y creanmeló el aulitorio,  
tal vez en el purgatorio  
las almas hagan más ruido.

Cuenta esas horas eternas  
para más atormentarse,  
su lágrima al redamarse  
calcula en sus afliciones,  
contando en sus pulsaciones,  
lo que dilata en secarse.

Allí se amansa el más bravo,  
allí se duebla el más juerte.  
El silencio es de tal suerte  
que cuando llegue a venir,  
hasta se le han de sentir  
las pisadas a la muerte.

Adentro mesmo del hombre  
se hace una revolución.  
Metido en esa prisión  
de tanto no mirar nada,  
le nace y queda gravada  
la idea de la perfección.

En mi madre, en mis hermanos,  
en todo pensaba yo.  
Al hombre que allí dentró  
de memoria más ingrata,  
fielmente se le retrata  
todo cuanto ajuera vio.

Aquel ha vivido libre  
de cruzar por donde quiera,  
se aflige y se desespera  
de encontrarse allí cautivo;  
es un tormento muy vivo  
que abate la alma más fiera.

En esa estrecha prisión  
sin poderme conformar,  
no cesaba de exclamar  
¡qué diera yo por tener  
un caballo en que montar  
y una pampa en que correr!

En un lamento constante  
se encuentra siempre embretao.  
El castigo han inventao  
de encerrarlo en las tinieblas,  
y allí está como amarrao  
a un fierro que no se duebla.

No hay un pensamiento triste  
que al preso no lo atormente.  
Bajo un dolor permanente  
agacha al fin la cabeza,

porque siempre es la tristeza  
hermana de un mal presente.

Vierten lágrimas sus ojos  
pero su pena no alivia;  
en esa costante lidia  
sin un momento de calma,  
contempla con los del alma  
felicidades que envidia.

Ningún consuelo penetra  
detrás de aquellas murallas.  
El varón de más agallas,  
aunque más duro que un perno,  
metido en aquel infierno  
sufre, gime, llora y calla.

De furor el corazón  
se le quiere reventar,  
pero no hay sino aguantar  
aunque sosiego no alcance.  
¡Dichoso en tan duro trance  
aquel que sabe rezar!

¡Dirige a Dios su plegaria  
el que sabe una oración!  
En esa tribulación  
gime olvidado del mundo,  
y el dolor es más profundo  
cuando no halla compasión.

En tan crueles pesadumbre,  
en tan duro padecer,  
empezaba a encanecer  
después de muy pocos meses.  
Allí lamenté mil veces  
no haber aprendido a ler.

Viene primero el furor,

después la melancolía,  
en mi angustia no tenía  
otro alivio ni consuelo,  
sino regar aquel suelo  
con lágrimas noche y día.

¡A visitar otros presos  
sus familias solían ir!  
Naidés me visitó a mí  
mientras estube encerrado.  
¡Quién iba a costiar allí  
a ver un desamparado!

¡Bendito sea el carcelero  
que tiene buen corazón!  
Yo sé que esta bendición  
pocos pueden alcanzarla,  
pues si tienen compasión  
su deber es ocultarla.

Jamás mi lengua podrá  
espresar cuánto he sufrido;  
en ese encierro metido,  
llaves, paredes, cerrojos,  
se graban tanto en los ojos  
que uno los ve hasta dormido.

.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....

El mate no se permite.  
No le permiten hablar,  
no le permiten cantar  
para aliviar su dolor.  
Y hasta el terrible rigor

de no dejarlo fumar.

La justicia muy severa  
suele rayar en crueldá:  
sufre el pobre que allí está  
calenturas y delirios,  
pues no existe pior martirio  
que esa eterna soledá.

Conversamos con las rejas  
por sólo el gusto de hablar.  
Pero nos mandan callar  
y es preciso conformarnos;  
pues no se debe irritar  
a quien puede castigarnos.

Sin poder decir palabra  
sufre en silencio sus males.  
Y uno en condiciones  
tales se convierte en animal,  
privado del don principal  
que Dios hizo a los mortales.

Yo no alcanzo a comprender  
por qué motivo será,  
que el preso privado está  
de los dones más preciosos  
que el justo Dios bondadoso  
otorgó a la humanidá.

Pues que de todos los bienes,  
en mi inorancia lo infiero,  
que le dio al hombre altanero  
su Divina Magestá;  
la palabra es el primero,  
el segundo es la amistá.

Y es muy severa la ley  
que por un crimen o un vicio,

somete al hombre a un suplicio  
el más tremendo y atroz,  
privado de un beneficio  
que ha recibido de Dios.

La soledá causa espanto,  
el silencio causa horror.  
Ese continuo terror  
es el tormento más duro,  
y en un presidio seguro  
está de más tal rigor.

Inora uno si de allí  
saldrá pa la sepultura.  
El que se halla en desventura  
busca a su lado otro ser;  
pues siempre es bueno tener  
compañeros de amargura.

Otro más sabio podrá  
encontrar razón mejor,  
yo no soy rebuscador,  
y esta me sirve de luz;  
se los dieron al Señor  
al clavarlo en una cruz.

Y en las profundas tinieblas  
en que mi razón existe,  
mi corazón se resiste  
a ese tormento sin nombre,  
pues el hombre alegra al hombre,  
y el hablar consuela al triste.

.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....

Grábenlo como en la piedra  
cuanto he dicho en este canto;  
y aunque yo he sufrido tanto  
debo confesarlo aquí;  
el hombre que manda allí  
es poco menos que un santo.

Y son buenos los demás,  
a su ejemplo se manejan;  
pero por eso no dejan  
las cosas de ser tremendas;  
piensen todos y comprendan  
el sentido de mis quejas.

Y guarden en su memoria  
con toda puntualidá,  
lo que con tal claridá  
les acabo de decir.  
Mucho tendrán que sufrir  
si no cren en mi verdá.

Y si atienden mis palabras  
no habrá calabozos llenos.  
Manéjense como buenos;  
no olviden esto jamás:  
aquí no hay razón de más;  
más bien las puse de menos.

Y con esto me despido.  
Todos han de perdonar,  
ninguno debe olvidar  
la historia de un desgraciado.  
Quien ha vivido encerrado  
poco tiene que contar.

## 13

Lo que les voy a decir  
ninguno lo ponga en duda,  
y aunque la cosa es peluda  
haré la resolución,  
es ladino el corazón  
pero la lengua no ayuda.

El rigor de las desdichas  
hemos soportao diez años,  
pelegrinando entre estraños  
sin tener dónde vivir;  
y obligados a sufrir  
una máquina de daños.

El que vive de ese modo  
de todos es tributario;  
falta el cabeza primario  
y los hijos que él sustenta  
se dispersan como cuentas  
cuando se corta el rosario.

Yo andube así como todos,  
hasta que al fin de sus días  
supo mi suerte una tía  
y me recogió a su lado,  
allí viví sosegado  
y de nada carecía.

No tenía cuidado alguno  
ni que trabajar tampoco.  
Y como muchacho loco  
lo pasaba de holgazán;

con razón dice el refrán  
que lo bueno dura poco.

En mí todo sus cuidado  
y su cariño ponía,  
como a un hijo me quería  
con cariño verdadero,  
y me nombró de heredero  
de los bienes que tenía.

El Juez vino sin tardanza  
cuanto falleció la vieja.  
«De los bienes que te deja,  
—me dijo— yo he de cuidar;  
es un rodeo regular  
y dos majadas de ovejas.»

Era hombre de mucha labia,  
con más leyes que un doctor,  
me dijo: «vos sos menor  
y por los años que tienes  
no podes manejar bienes,  
voy a nombrarle un tutor.»

Tomó un recuento de todo  
porque entendía su papel,  
y después que aquel pastel  
lo tuvo bien amasao,  
puso al frente un encargao,  
y a mí me llevó con él.

Muy pronto estuvo mi poncho  
lo mismo que cernidor.  
El chiripá estaba pior,  
y aunque para el frío soy guapo,  
ya no me quedaba un trapo  
ni pa el frío, ni pa el calor.

En tan triste desabrigo

tras de un mes, iba otro mes.  
Guardaba silencio el Juez  
la miseria me invadía.  
Me acordaba de mi tía  
al verme en tal desnudes.

No sé decir con fijeza  
el tiempo que pasé allí.  
Y después de andar así  
como moro sin señor,  
pasé a poder del tutor  
que debía cuidar de mí.

## 14

Me llevó consigo un viejo  
que pronto mostró la hilacha,  
dejaba ver por la facha  
que era medio cimarrón,  
muy renegao, muy ladrón,  
y le llamaban Viscacha.

Lo que el Juez iba buscando  
sospecho y no me equivoco.  
Pero este punto no toco  
ni su secreto averiguo.  
Mi tutor era un antiguo  
de los que ya quedan pocos.

Viejo lleno de camándulas,  
como un empaque a lo toro,  
andaba siempre en un moro  
metido no sé en qué enriedos,  
con las patas como loro,  
de estribar entre los dedos.

Andaba rodiao de perros  
que eran todo su placer,  
jamás dejó de tener  
menos de media docena,  
mataba vacas ajenas  
para darles de comer.

Carniábamos noche a noche  
alguna res en el pago;  
y dejando allí el resago  
alzaba en ancas el cuero,

que se lo vendía a un pulpero  
por yerba, tabaco y trago.

¡Ah! Viejo más comerciante  
en mi vida lo he encontrao.  
Con ese cuero robao  
él arreglaba el pastel,  
y allí entre el pulpero y él  
se estendía el certificaio.

La echaba de comedido;  
en las trasquilas, lo viera,  
se ponía como una fiera  
si cortaban una oveja;  
pero de alzarse no deja  
un vellón o unas tijeras.

Una vez me dio una soba  
que me hizo pedir socorro,  
porque lastimé un cachorro  
en el rancho de unas vascas,  
y al irse se alzó unas guascas,  
para eso era como zorro.

¡Ay juna!, dije entre mí,  
me has dao esta pesadumbre,  
ya verás cuanto vislumbre  
una ocasión medio güena,  
te he de quitar la costumbre  
de cerdiar yeguas ajenas.

Porque maté una viscacha  
otra vez me reprendió.  
Se lo vine a contar yo,  
y no bien se lo hube dicho;  
«ni me nuembres ese vicho»,  
me dijo, y se me enojó.

Al verlo tan irritao

hallé prudente callar.  
Este me va a castigar,  
dige entre mí, si se agravia.  
Ya vi que les tenía rabia  
y no las volví a nombrar.

Una tarde halló una punta  
de yeguas medio vichocas,  
después que voltió unas pocas  
las cerdiaba con empeño.  
Yo vide venir al dueño  
pero me callé la boca.

El hombre venía jurioso  
y nos cayó como un rayo;  
se descolgó del caballo  
revoliando el arriador,  
y lo cruzó de un lazaso  
ay no más a mi tutor.

No atinaba don Viscacha  
a qué lado disparar,  
hasta que logró montar  
y de miedo del chicote,  
se lo apretó hasta el cogote  
sin pararse a contestar.

Ustedes crerán tal vez  
que el viejo se curaría;  
no señores, lo que hacía,  
con más cuidao dende entonces,  
era maniarlas de día  
para cerdiar a la noche.

Ése fue el hombre que estubo  
encargao de mi destino;  
siempre andubo en mal camino  
y todo aquel vecinario  
decía que era un perdulario,

insufrible de dañino.

Cuando el Juez me lo nombró  
al dármele de tutor,  
me dijo que era un señor  
el que me debía cuidar,  
enseñarme a trabajar  
y darme la educación.

Pero qué había de aprender  
al lao de ese viejo paco;  
que vivía como el chuncaco  
en los baños, como el tero,  
un haragán, un ratero,  
y más chillón que un barraco.

Tampoco tenía más bienes  
ni propiedá conocida  
que una carreta podrida,  
y las paredes sin techo  
de un rancho medio desecho  
que le servía de guarida.

Después de las trasnochadas  
allí venía a descansar.  
Yo desiaba aviriguar  
lo que tubiera escondido,  
pero nunca había podido  
pues no me dejaba entrar.

Yo tenía unas jergas viejas  
que habían sido más peludas  
y con mis carnes desnudas,  
el viejo que era una fiera,  
me echaba a dormir ajuera,  
con unas heladas crudas.

Cuando mozo fue casao  
aunque yo lo desconfío.

Y decía un amigo mío  
que de arrebatado y malo,  
mató a su mujer de un palo  
porque le dio un mate frío.

Y viudo por tal motivo  
nunca se volvió a casar;  
no era fácil encontrar  
ninguna que lo quisiera,  
todas temerían llevar  
la suerte de la primera.

Soñaba siempre con ella  
sin duda por su delito,  
y decía el viejo maldito  
el tiempo que estubo enfermo,  
que ella desde el mismo infierno  
lo estaba llamando a gritos.

## 15

Siempre andaba retobao,  
con ninguno solía hablar;  
se divertía en escarbar  
y hacer marcas con el dedo;  
y cuanto se ponía en pedo  
me empezaba aconsejar.

Me parece que lo veo  
con su poncho calamaco.  
Después de echar un buen taco  
así principiaba a hablar:  
«Jamás llegués a parar  
a donde veas perros flacos.»

«El primer cuidao del hombre  
es defender el pellejo.  
Lleváte de mi consejo,  
fijáte bien en lo que hablo:  
el diablo sabe por diablo  
pero más sabe por viejo.»

«Hacéte amigo del Juez  
no le des de qué quejarse;  
y cuando quiera enojarse  
vos te debes encojer,  
pues siempre es güeno tener  
palenque ande ir a rascarse.»

«Nunca le llevés la contra  
porque él manda la gavilla.  
Allí sentao en su silla  
ningún güey le sale bravo.»

A uno le da con el clavo  
y a otro con la cantramilla.»

«El hombre, hasta el más soberbio,  
con más espinas que un tala,  
aflueja andando en la mala  
y es blando como manteca;  
hasta la hacienda baguala  
cai al jagüel en la seca.»

«No andés cambiando de cueva,  
hacé las que hace el ratón,  
conserváte en el rincón  
en que empesó tu existencia,  
vaca que cambia querencia  
se atrasa en la parición.»

Y menudiando los tragos  
aquel viejo como cerro  
«no olvidés, —me decía— Fierro,  
que el hombre no debe creer  
en lágrimas de mujer  
ni en la renguera del perro.»

«No te debés afligir  
aunque el mundo se desplome.  
Lo que más precisa el hombre  
tener, según yo discuro,  
es la memoria del borro  
que nunca olvida ande come.»

«Dejá que caliente el horno  
el dueño del amasijo.  
Lo que es yo, nunca me aflijo  
y a todito me hago el sordo.  
El cerdo vive tan gordo  
y se come hasta los hijos...»

«El zorro que ya es corrido

dende lejos la olfatea.  
No se apure quien desea  
hacer lo que le aproveche.  
La vaca que más rumea  
es la que da mejor leche.»

«El que gana su comida  
bueno es que en silencio coma.  
Ansina, vos ni por broma,  
querrás llamar la atención.  
Nunca escapa el cimarrón  
si dispara por la loma.»

«Yo voy donde me conviene  
y jamás me descarrío,  
lleváte el ejemplo mío  
y llenarás la barriga;  
aprendé de las hormigas,  
no van a un noque vacío.»

«A naidés tengás envidia,  
es muy triste el envidiar.  
Cuando veas a otro ganar  
a estorbarlo no te metas;  
cada lechón en su teta  
es el modo de mamar.

Ansí se alimentan muchos  
mientras los pobres lo pagan.  
Como el cordero hay quien lo haga  
en la puntita, no niego,  
pero otros, como el borrego,  
toda entera se la tragan.

Si buscás vivir tranquilo  
dedicáte a solteriar.  
Mas si te querés casar,  
con esta alvertencia sea,  
que es muy difícil guardar

prenda que otros codicean.»

Es un vicho la muger  
que yo aquí no lo destapo,  
siempre quiere al hombre guapo,  
mas fijáte en la elección;  
porque tiene el corazón  
como barriga de zapo.»

Y gangoso con la tranca,  
me solía decir, «potrillo,  
reciente apunta el cormillo,  
mas te lo dice un toruno,  
no dejés que hombre ninguno  
te gane el lao del cuchillo.»

«Las armas son necesarias  
pero naides sabe cuándo;  
ansina si andás pasiando,  
y de noche sobre todo,  
debés llevarlo de modo  
que al salir, salga cortando.»

«Los que no saben guardar  
son pobres aunque trabajen;  
nunca por más que se atajen  
se librarán del cimbrón,  
al que nace barrigón  
es al ñudo que lo fagen.»

«Donde los vientos me llevan  
allí estoy como en mi centro.  
Cuando una tristeza encuentro  
tomo un trago pa alegrarme;  
a mí me gusta mojarme  
por ajuera y por adentro.»

«Vos sos pollo, y te convienen  
toditas estas razones,

mis consejos y lecciones  
no echés nunca en el olvido;  
en las riñas he aprendido  
a no peliar sin puyones.»

Con estos consejos y otros  
que yo en mi memoria encierro,  
y que aquí no se desentierro  
educándome seguía,  
hasta que al fin se dormía  
mesturao entre los perros.

## 16

Cuando el viejo cayó enfermo  
viendo yo que se empiraba,  
y que esperanza no daba  
de mejorarse siquiera,  
le truje una culandrerera  
a ver si lo mejoraba.

En cuanto lo vio me dijo:  
«este no aguanta el sogazo,  
muy poco le doy de plazo,  
nos va a dar un espetáculo,  
porque debajo del brazo  
le ha salido un tabernáculo.»

Dice el refrán que en la tropa  
nunca falta un güey corneta.  
Uno que estaba en la puerta  
le pegó el grito ay no más:  
«Tabernáculo... qué bruto,  
un tubérculo dirás.»

Al verse así interrumpido,  
al punto dijo el cantor:  
«No me parece ocasión  
de meterse los de ajuera.  
Tabernáculo, señor,  
le decía la culandrerera.»

El de ajuera repitió  
dándole otro chaguarazo:  
«Allá va un nuevo bolazo  
copo y se la gano en puerta:

a las mugeres que curan  
se les llama curanderas.»

No es bueno, dijo el cantor,  
muchas manos en un plato,  
y diré al que ese barato  
ha tomo de entremetido,  
que no creía haber venido  
a hablar entre liberatos.

Y para seguir contando  
la historia de mi tutor,  
le pediré a ese doctor  
que en mi inorancia me deje,  
pues siempre encuentra el que teje  
otro mejor tejedor.

Seguía enfermo como digo  
cada vez más emperrao.  
Yo estaba ya acobardao  
y lo espiaba dende lejos:  
era la boca del viejo,  
la boca de un condenao.

Allá pasamos los dos  
noches terribles de invierno.  
Él maldecía al Padre Eterno,  
como a los santos benditos,  
pidiéndole al diablo a gritos  
que lo llevara al infierno.

Debe ser grande la culpa  
que a tal punto mortifica.  
Cuando vía una reliquia  
se ponía como azogado,  
como si a un endemoniado  
le echaran agua bendita.

Nunca me le puse a tiro,

pues era de mala entraña;  
y viendo heregía tamaña  
si alguna cosa le daba,  
de lejos se la alcanzaba  
en la punta de una caña.

Será mejor, decía ya,  
que abandonado lo deje  
que blasfeme y que se queje;  
y que siga de esta suerte,  
hasta que venga la muerte  
y cargue con este hereje.

Cuando ya no pudo hablar  
le até en la mano un cencerro,  
y al ver cercano su entierro,  
arañando las paredes  
espiró allí entre los perros  
y este servidor de ustedes.

## 17

Le cobré un miedo terrible  
después que lo vi dijunto.  
Llamé al Alcalde, y al punto,  
acompañado se vino  
de tres o cuatro vecinos  
a arreglar aquel asunto.

«Ánima bendita, —dijo  
un viejo medio ladiao—,  
que Dios lo haiga perdonao  
es todo cuanto deseo.  
Le conocí un pastoreo  
de terneros robaos.»

«Ansina es, —dijo el Alcalde—,  
con eso empezó a poblar.  
Yo nunca podré olvidar  
las travesuras que hizo;  
hasta que al fin fue preciso  
que le privasen carnar.»

«De mozo fue muy ginete  
no lo bajaba un bagüal.  
Pa ensillar un animal  
sin necesitar de otro,  
se encerraba en el corral  
y allí galopiaba el potro.»

«Se llevaba mal con todos.  
Era su costumbre vieja  
el mesturar las ovejas,  
pues al hacer el aparte

sacaba la mejor parte  
y después venía con quejas.»

«Dios lo ampare al pobresito  
—dijo en seguida un tercero—,  
siempre robaba carneros,  
en eso tenía destreza,  
enterraba las cabezas,  
y después vendía los cueros.»

«Y qué costumbre tenía  
cuando en el jogón estaba,  
con el mate se agarraba  
estando los piones juntos,  
yo tayo, decía, y apunto,  
y a ninguno convidaba.»

«Si ensartaba algún asao,  
¡pobre!, como si lo viese.  
Poco antes de que estuviese,  
primero lo maldecía,  
luego después lo escupía  
para que naides comiese.»

«Quien le quitó esa costumbre  
de escupir el asador  
fue un mulato resertor  
que andaba de amigo suyo,  
un diablo muy peliador  
que le llamaban barullo.

«Una noche que les hizo  
como estaba acostumbrao,  
se alzó el mulato enojao,  
y le gritó: —viejo indino,  
yo te he de enseñar, cochino,  
a echar saliva al asao.»

«Lo saltó por sobre el juego

con el cuchillo en la mano;  
ila pucha el pardo liviano!  
En la mesma atropellada  
le largó una puñalada  
que la quitó otro paisano.»

«Y ya caliente Barullo,  
quizo seguir la chacota,  
se le había erizao la mota  
lo que empezó la reyerta:  
el viejo ganó la puerta  
y apeló a las de gaviota.»

«De esa costumbre maldita  
dende entonces se curó,  
a las casas no volvió,  
se metió en un cicutal;  
y allí escondido pasó  
esa noche sin cenar.»

Esto hablaban los presentes,  
y yo que estaba a su lao  
al oír lo que he relatao,  
aunque él era un perdulario,  
dije entre mí: «qué rosario  
le están resando al finao.»

Luego empezó el alcalde  
a registrar cuanto había,  
sacando mil chucherías  
y guascas y trapos viejos,  
temeridá de trevejos  
que para nada servían.

Salieron lazos, cabrestos,  
coyundas y maniadores.  
Una punta de arriadores,  
cinchones, maneadas, torzales,  
una porción de bozales

y un montón de tiradores.

Había riendas de domar,  
frenos y estribos quebraos;  
bolas, espuelas, recaos,  
unas pavas, unas ollas,  
y un gran manajo de argollas  
de cinchas que había cortao.

Salieron varios cencerros,  
alesnas, lonjas, cuchillos,  
unos cuantos coginillos,  
un alto de gergas viejas,  
muchas botas desparejas  
y una infinidá de anillos.

Había tarros de sardinas,  
unos cueros de venao,  
unos ponchos augeriaos,  
y en tan tremendo entrevero  
apareció hasta un tintero  
que se perdió en el Juzgao.

Decía el alcalde muy serio:  
«es poco cuanto se diga,  
había sido como hormiga,  
he de darle parte al Juez,  
y que me venga después  
con que no se los persiga.»

Yo estaba medio azorao  
de ver lo que sucedía.  
Entre ellos mismos decían  
que unas prendas eran tuyas,  
pero a mí me parecía  
que esas eran aleluyas.

Y cuando ya no tubieron  
rincón donde registrar,

cansaos de tanto huroniar  
y de trabajar de valde,  
«vamosnos, —dijo el alcalde—  
luego lo haré sepultar.»

«Se ha de arreglar este asunto  
como es preciso que sea;  
voy a nombrar albacea  
uno de los circustantes.  
Las cosas no son como antes,  
tan enredadas y feas.»

¡Bendito Dios! pensé yo,  
ando como un pordiosero,  
y me nuembran heredero  
de toditas estas guascas.  
¡Quisiera saber primero  
lo que se han hecho mis vacas!

## 18

Se largaron como he dicho  
a disponer el entierro.  
Cuando me acuerdo me aterro,  
me puse a llorar a gritos  
al verme allí tan solito  
con el finao y los perros.

Me saqué el escapulario  
se lo colgué al pecador,  
y como hay en el Señor  
misericordia infinita,  
rogué por la alma bendita  
del que antes jué mi tutor.

No se calmaba mi duelo  
de verme tan solitario.  
Ay le champurrié un rosario  
como si fuera mi padre,  
besando el escapulario  
que me había puesto mi madre.

Madre mía, gritaba yo,  
dónde andarás padeciendo.  
El llanto que estoy virtiendo  
lo redamarías por mí  
si vieras a tu hijo aquí  
todo lo que está sufriendo.

Y mientras ansí clamaba  
sin poderme consolar,  
los perros para aumentar  
más mi miedo y mi tormento

en aquel mismo momento  
se pusieron a llorar.

Libre Dios a los presentes  
de que sufran otro tanto;  
con el muerto y esos llantos  
les juro que falta poco  
para que me vuelva loco  
en medio de tanto espanto.

Decían entonces las viejas  
como que eran sabedoras,  
que los perros cuando lloran  
es porque ven al demonio;  
yo creía en el testimonio  
como cre siempre el que inora.

Ay dejé que los ratones  
comieran el guasquerío.  
Y como anda a su albedrío  
todo el que güérfano queda,  
alzando lo que era mío  
abandoné aquella cueva.

.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....

Supe después que esa tarde  
vino un pión y lo enterró,  
ninguno lo acompañó  
ni lo velaron siquiera,  
y al otro día amaneció  
con una mano dejuera.

Y me ha contado además

el gaucho que hizo el entierro,  
al recordarlo me aterro,  
me da pavor este asunto,  
que la mano del dijunto  
se la había comido un perro.

Tal vez yo tuve la culpa  
porque de asustao me fui.  
Supe después que volví,  
y asigurárselos puedo,  
que los vecinos de miedo  
no pasaban por allí.

Hizo del rancho guarida  
la sabandija más sucia;  
el cuerpo se despeluza  
y hasta la razón se altera,  
pasaba la noche entera  
chillando allí una lechuza.

Por mucho tiempo no pude  
saber lo que me pasaba.  
Los trapitos con que andaba  
eran puras hojarascas,  
todas las noches soñaba  
con viejos, perros y guascas.

## 19

Andube a mi voluntá  
como moro sin señor.  
Ese fue el tiempo mejor  
que yo he pasado tal vez,  
de miedo de otro tutor,  
ni aporté por lo del Juez.

«Yo cuidaré, —me había dicho—  
de lo de tu propiedá.  
Todo se conservará,  
el vacuno y los rebaños  
hasta que cumplás 30 años  
en que seas mayor de edá.»

Y aguardando que llegase  
el tiempo que la ley fija,  
pobre como lagartija  
y sin respetar a naidés,  
andube cruzando al aire  
como bola sin manija.

Me hice hombre de esa manera  
bajo el más duro rigor.  
Sufriendo tanto dolor  
muchas cosas aprendí:  
y por fin, víctima fui  
del más desdichado amor.

De tantas alternativas  
esta es la parte peluda.  
Fue estremado mi delirio,  
y causaban mi martirio

los desdenes de una viuda.

Llora el hombre ingratitude  
sin tener un jundamento,  
acusa sin miramiento  
a la que el mal le ocasiona,  
y tal vez en su persona  
no hay ningún merecimiento.

Cuando yo más padecía  
la crueldá de mi destino,  
rogando al poder divino  
que del dolor me separe,  
me hablaron de un adivino  
que curaba esos pesares.

Tuve recelos y miedos  
pero al fin me disolví.  
Hice corage y me fui  
donde el adivino estaba,  
y por ver si me curaba  
cuanto llevaba le di.

Me puse al contar mis penas  
más colorao que un tomate,  
y se me añudó el gazzate  
cuando dijo el hermitaño:  
«hermano, le han hecho daño  
y se lo han hecho en un mate.»

«Por verse libre de usté  
lo habrán querido embrujar.»  
Después me empezó a pasar  
una pluma de avestruz,  
y me dijo: «de la Cruz  
reché el don de curar.»

«Debés maldecir, —me dijo—,  
a todos tus conocidos,

ansina el que te ha ofendido  
pronto estará descubierta,  
y deben ser maldecidos  
tanto vivos como muertos.»

Y me recetó que hincara  
en un trapo de la viuda  
frente a una planta de ruda  
hiciera mis oraciones,  
diciendo: «no tengás duda  
eso cura las pasiones.»

A la viuda en cuanto pude  
un trapo le manoté;  
busqué la ruda y al pie  
puesto en cruz hice mi reso;  
pero, amigos, ni por eso  
de mis males me curé.

Me recetó otra ocasión  
que comiera abrojo chico,  
el remedio no me esplico,  
mas por desechar el mal,  
al ñudo en un abrojal  
fi a ensangrentarme el hocico.

Y con tanta medecina  
me parecía que sanaba;  
por momentos se aliviaba  
un poco mi padecer,  
mas si a la viuda encontraba  
volvía la pasión a arder.

Otra vez que consulté  
su saber extraordinario,  
recibió bien su salario,  
y me recetó aquel pillo  
que me colgase tres grillos,  
ensartaos como rosario.

Por fin la última ocasión  
que por mi mal lo fi a ver.  
Me dijo: «no, mi saber  
no ha perdido su virtú,  
yo te daré la salú,  
no triunfará esa muger.»

«Y tené fe en el remedio  
pues la cencia no es chacota,  
de esto no entendés ni jota,  
sin que ninguno sospeche:  
cortale a un negro tres motas  
y hacelas hervir en leche.»

Yo andaba ya desconfiando  
de la curación maldita  
y dije «este no me quita  
la pasión que me domina;  
pues que viva la gallina  
aunque sea con la pepita.»

Ansí me dejaba andar  
hasta que en una ocasión,  
el cura me echó un sermón,  
para curarme sin duda;  
diciendo que aquella viuda  
era hija de confesión.

Y me dijo estas palabras  
que nunca las he olvidao:  
«Has de saber que el finao  
ordenó en su testamento  
que naides de casamiento  
le hablara en lo sucesivo,  
y ella prestó el juramento  
mientras él estaba vivo.

Y es preciso que lo cumpla

porque así lo manda Dios,  
es necesario que vos  
no la vuelvas a buscar,  
porque si llega a faltar  
se condenarán los dos.»

Con semejante advertencia  
se completó mi redota;  
le vi los pies a la sota,  
y me le alejé a la viuda  
más curao que con la ruda  
con los grillos y las motas.

Después me contó un amigo  
que al Juez le había dicho el cura,  
«que yo era un cabeza dura  
y que era un mozo perdido,  
que me echaran del partido  
que no tenía compostura.»

Tal vez por ese consejo  
y sin que más causa hubiera,  
ni que otro motivo diera,  
me agarraron redemente  
y en el primer contingente  
me echaron a la frontera.

De andar persiguiendo viudas  
me he curado del deseo,  
en mil penurias me veo,  
mas pienso volver tal vez,  
a ver si sabe aquel Juez  
lo que se ha hecho mi rodeo.

## 20

Martín Fierro y sus dos hijos  
entre tanta concurrencia  
siguieron con alegría  
celebrando aquella fiesta.  
Diez años, los más terribles,  
había durado la ausencia  
y al hallarse nuevamente  
era su alegría completa.  
En ese mismo momento  
uno que vino de afuera,  
a tomar parte con ellos  
suplicó que lo almitieran.  
Era un mozo forastero  
de muy regular presencia,  
y hacía poco que en el pago  
andaba dando sus güeltas.  
Aseguraban algunos  
que venía de la frontera,  
que había pelao a un pulpero  
en las últimas carreras,  
pero andaba despilchao,  
no traía una prenda buena,  
un recadito cantor  
daba fe de sus pobrezaas.  
Le pidió la bendición  
al que causaba la fiesta  
y sin decirles su nombre  
les declaró con franqueza  
que el nombre de *Picardía*

es el único que lleva.  
Y para contar su historia  
a todos pide licencia,  
diciéndoles que en seguida  
iban a saber quién era.  
Tomó al punto la guitarra,  
la gente se puso atenta,  
y así cantó *Picardía*  
en cuanto templó las cuerdas.

## 21

### Picardía

Voy a contarles mi historia,  
perdónenme tanta charla  
y les diré al principiarla,  
aunque es triste hacerlo así,  
a mi madre la perdí  
antes de saber llorarla.

Me quedó en el desamparo,  
y al hombre que me dio el ser  
no lo pude conocer,  
ansí, pues, dende chiquito,  
volé como el pajarito  
en busca de qué comer.

O por causa del servicio  
que tanta gente destierra,  
o por causa de la guerra,  
que es causa bastante seria,  
los hijos de la miseria  
son muchos en esta tierra.

Ansí, por ella empujado  
no sé las cosas que haría,  
y aunque con vergüenza mía,  
debo hacer esta alvertencia,  
siendo mi madre Inocencia  
me llamaban Picardía.

Me llevó a su lado un hombre  
para cuidar las ovejas  
pero todo el día eran quejas

y guazcazos a lo loco,  
y no me daba tampoco  
siquiera unas jergas viejas.

Dende la alba hasta la noche,  
en el campo me tenía.  
Cordero que se moría,  
mil veces me sucedió,  
los caranchos lo comían  
pero lo pagaba yo.

De trato tan rigoroso  
muy pronto me acobardé,  
el bonete me apreté  
buscando mejores fines,  
y con unos bolantines  
me fui para Santa-Fe.

El pruebista principal  
a enseñarme me tomó  
y ya iba aprendiendo yo  
a bailar en la maroma,  
mas me hicieron una broma  
y aquello me indijustó.

Una vez que iba bailando,  
porque estaba el calzón roto,  
armaron tanto alboroto  
que me hicieron perder pie;  
de la cuerda me largué  
y casi me descogoto.

Ansí me encontré de nuevo  
sin saber dónde meterme,  
y ya pensaba volverme  
cuando, por fortuna mía,  
me salieron unas tías  
que quisieron recogerme.

Con aquella parentela,  
para mí desconocida,  
me acomodé ya en seguida,  
y eran muy buenas señoras;  
pero las más rezadoras  
que he visto en toda mi vida.

Con el toque de oración  
ya principiaba el rosario;  
noche a noche un calendario  
tenían ellas que decir,  
y a rezar solían venir  
muchas de aquel vecinario.

Lo que allí me aconteció  
siempre lo he de recordar,  
pues me empiezo a equivocar  
y a cada paso refalo  
como si me entrara el malo  
cuanto me hincaba a resar.

Era como tentación  
lo que yo esperimenté  
y jamás olvidaré  
cuánto tuve que sufrir,  
porque no podía decir  
«artículos de la Fe».

Tenía al lao una mulata  
que era nativa de allí,  
se hincaba cerca de mí  
como el ángel de la guarda,  
pícara, y era la parda  
la que me tentaba así.

«Resá, me dijo mi tía,  
artículos de la Fe.»  
Quise hablar y me atoré,  
la dificultá me afiije,

miré a la parda, y ya dije  
«artículos de Santa Fe.»

Me acomodó el coscorrón  
que estaba viendo venir,  
yo me quise corregir,  
a la mulata miré  
y otra vez volví a decir  
«artículos de Santa Fe.»

Sin dificultad ninguna  
rezaba todito el día,  
y a la noche no podía  
ni con un trabajo inmenso;  
es por eso que yo pienso  
que alguno me tentaría.

Una noche de tormenta,  
vi a la parda y me entró chucho.  
Los ojos, me asusté mucho,  
eran como refocilo:  
al nombrar a San Camilo,  
le dije San Camilucho.

Esta me da con el pie,  
aquella otra con el codo.  
¡Ah! viejas, por ese modo,  
aunque de corazón tierno,  
yo las mandaba al infierno  
con oraciones y todo.

Otra vez, que como siempre  
la parda me perseguía,  
cuando yo acordé, mis tías  
me habían sacao un mechón  
al pedir la estirpación  
de todas las heregías.

Aquella parda maldita

me tenía medio afligido,  
y así, me había sucedido  
que al decir estirpación  
le acomodé entripación  
y me cayeron sin ruido.

El recuerdo y el dolor  
me duraron muchos días.  
Soñé con las heregías  
que andaban por estirpar  
y pedía siempre al resar  
la estirpación de mis tías.

Y dale siempre rosarios,  
noche a noche y sin cesar,  
dale siempre barajar  
salves, trisagios y credos.  
Me aburrí de esos enriedos  
y al fin me mandé mudar.

## 22

Andube como pelota,  
y más pobre que una rata.  
Cuando empecé a ganar plata  
se armó no sé qué barullo.  
Yo dije: a tu tierra grullo  
aunque sea con una pata.

Eran duros y bastantes  
los años que allá pasaron.  
Con lo que ellos me enseñaron  
formaba mi capital.  
Cuanto vine me enrolaron  
en la Guardia Nacional.

Me había egercitao al naipe,  
el juego era mi carrera;  
hice alianza verdadera  
y arreglé una trapisonda  
con el dueño de una fonda  
que entraba en la peladera.

Me ocupaba con esmero  
en floriar una baraja,  
él la guardaba en la caja  
en paquetes como nueva;  
y la media arropa lleva  
quien conoce la ventaja.

Comete un error inmenso  
quien de la suerte presume,  
otro más hábil lo fuma,  
en un dos por tres, lo pela;

y lo larga que no vuela  
porque le falta una pluma.

Con un socio que lo entiende  
se arman partidas muy buenas,  
queda allí la plata agena.,  
quedan prendas y botones;  
siempre cain a esas riuniones  
sonzos con las manos llenas.

Hay muchas trampas legales,  
recursos del jugador.  
No cualquiera es sabedor  
a lo que un naipe se presta.  
Con una cincha bien puesta  
se la pega uno al mejor.

Deja a veces ver la boca  
haciendo el que se descuida.  
Juega el otro hasta la vida  
y es siguro que se ensarta,  
porque uno muestra una carta  
y tiene otra prevenida.

Al monte, las precauciones  
no han de olvidarse jamás.  
Debe afirnarse a demás  
los dedos para el trabajo  
y buscar asiento bajo  
que le dé la luz de atrás.

Pa tayar, tome la luz,  
dé la sombra al alversario,  
acomódese al contrario  
en todo juego cartiao;  
tener ojo egercitao  
es siempre muy necesario.

El contrario abre los suyos,

pero nada ve el que es ciego.  
Dándole sogá, muy luego  
se deja pezcár el tonto.  
Todo chapetón cree pronto  
que sabe mucho en el juego.

Hay hombres muy inocentes  
y que a las carpetas van.  
Cuando asariados están,  
les pasa infinitas veces,  
pierden en puertas y en treses,  
y dándoles *mamarán*.

El que no sabe, no gana  
aunque ruegue a Santa Rita.  
En la carpeta a un mulita  
se le conoce al sentarse.  
Y conmigo, era matarse,  
no podían ni a la manchita.

En el nueve y otros juegos  
llevo ventaja no poca,  
y siempre que dar me toca  
el mal no tiene remedio,  
porque sé sacar del medio  
y sentar la de la boca.

En el truco, al más pintao  
solía ponerlo en apuro;  
cuando aventajar procuro,  
sé tener, como fajadas,  
tiro a tiro el as de espadas,  
o flor, o envite seguro.

Yo sé defender mi plata  
y lo hago como el primero.  
El que ha de jugar dinero  
preciso es que no se atonte.  
Si se armaba una de monte,

tomaba parte el fondero.

Un pastel, como un paquete,  
sé llevarlo con limpieza;  
dende que a salir empiezan  
no hay carta que no recuerde;  
Sé cuál se gana o se pierde  
en cuanto cain a la mesa.

También por estas jugadas  
suele uno verse en aprietos;  
mas yo no me comprometo  
porque sé hacerlo con arte,  
y aunque les corra el descarte  
no se descubre el secreto.

Si me llamaban al dao  
nunca me solía faltar  
un cargado que largar,  
un cruzao para el más vivo;  
y hasta atracarles un chivo  
sin dejarlos maliciar.

Cargaba bien una taba  
porque la sé manejar;  
no era manco en el billar,  
y por fin de lo que esplico,  
digo que, hasta con pichicos,  
era capaz de jugar.

Es un vicio de mal fin,  
el de jugar, no lo niego;  
todo el que vive del juego  
anda a la pezca de un bobo,  
y es sabido que es un robo  
ponerse a jugarle a un ciego.

Y esto digo claramente  
porque he dejao de jugar;  
y les puedo asigurar  
como que fui del oficio:  
más cuesta aprender un vicio  
que aprender a trabajar.

## 23

Un nápoles mercachifle  
que andaba con un arpista,  
cayó también en la lista  
sin dificultá ninguna:  
lo agarré a la treinta y una  
y le daba bola vista.

Se vino haciendo el chiquito,  
por sacarme esa ventaja;  
en el pantano se encaja  
aunque robo se le hacía,  
lo cegó Santa Lucía  
y desocupó las cajas.

Lo hubieran visto afligido  
llorar por las chucherías.  
«Ma gañao con picardía»  
decía el gringo y lagrimiaba,  
mientras yo en un poncho alzaba  
todita su merchería.

Quedó allí aliviado del peso  
sollozando sin consuelo,  
había caído en el anzuelo  
tal vez porque era domingo,  
y esa calidá de gringo  
no tiene santo en el cielo.

Pero poco aproveché  
de fatura tan lucida:  
el diablo no se descuida,  
y a mí me seguía la pista

un ñato muy enredista  
que era Oficial de partida.

Se me presentó a esigir  
la multa en que había incurrido,  
que el juego estaba prohibido  
que iba a llevarme al cuartel.  
Tubo que partir con él  
todo lo que había alquirido.

Empezó a tomarlo entre ojos  
por esa albitrariédá;  
yo había ganao, es verdá,  
con recursos, eso sí;  
pero él me ganaba a mí  
fundao en su autoridá.

Decían que por un delito  
mucho tiempo andubo mal;  
un amigo servicial  
lo compuso con el Juez,  
y poco tiempo después  
lo pusieron de Oficial.

En recorrer el partido  
continuamente se empleaba.  
Ningún malevo agarraba  
pero traía en un carguero,  
gallinas, pavos, corderos  
que por ay recoletaba.

No se debía permitir  
el abuso a tal extremo:  
mes a mes hacía lo mesmo,  
y ansí decía el vecindario,  
«este ñato perdulario  
ha resucitao el diezmo.»

La echaba de guitarrero

y hasta de concertador:  
sentao en el mostrador  
lo hallé una noche cantando,  
y le dije —co... mo... quiando  
con ganas de oír un cantor.

Me echó el ñato una mirada  
que me quiso devorar,  
mas no dejó de cantar  
y se hizo el desentendido,  
pero ya había conocido  
que no lo podía pasar.

Una tarde que me hallaba  
de visita... vino el ñato,  
y para darle un mal rato  
dije fuerte... «Ña... to... ribia  
no cebe con la agua tibia.»  
Y me la entendió el mulato.

Era el todo en el Juzgao,  
y como que se achocó  
ay nomás me contestó:  
«cuanto el caso se presiente  
te he de hacer tomar caliente  
y has de saber quién soy yo.»

Por causa de una muger  
se enredó más la cuestión;  
le tenía el ñato afición,  
ella era muger de ley,  
moza con cuerpo de güey  
muy blanda de corazón.

La hallé una vez de amasijo,  
estaba hecha un embeleso:  
y le dije... «Me intereso  
en aliviar sus quehaceres,  
y ansí, señora, si quiere

yo le arrimaré los güesos.»

Estaba el ñato presente  
sentado como de adorno.  
Por evitar un trastorno  
ella al ver que se dijista,  
me contestó... «si usted gusta  
arrímelos junto al horno.»

Ay se enredó la madeja  
y su enemistá conmigo;  
se declaró mi enemigo,  
y por aquel cumplimiento  
ya sólo buscó el momento  
de hacerme dar un castigo.

Yo veía que aquel maldito  
me miraba con rencor  
buscando el caso mejor  
de poderme echar el pial;  
y no vive más el lial  
que lo que quiere el traidor.

No hay matrero que no caiga,  
ni arisco que no se amanse.  
Ansí, yo, dende aquel lance  
no salía de algún rincón  
tirao como el San Ramón  
después que se pasa el trance.

## 24

Me le escapé con trabajo  
en diversas ocasiones;  
era de los adulones,  
me puso mal con el Juez;  
hasta que al fin, una vez  
me agarró en las elecciones.

Ricuerdo que esa ocasión  
andaban listas diversas;  
las opiniones dispersas  
no se podían arreglar.  
Decían que el Juez por triunfar  
hacía cosas muy perversas.

Cuando se riunió la gente  
vino a proclamarla el ñato;  
diciendo con aparato  
«que todo andaría muy mal;  
si pretendía cada cual  
votar por un candilato.»

Y quiso al punto quitarme  
la lista que yo llevé,  
mas yo se la mesquiné  
y ya me gritó... «Anarquista  
has de votar por la lista  
que ha mandao el Comiqué.»

Me dio vergüenza de verme  
tratado de esa manera;  
y como si uno se altera  
ya no es fácil de que ablande,

Le dije... «Mande el que mande  
yo he de votar por quien quiera».

«En las carpetas de juego  
y en la mesa eletoral,  
a todo hombre soy igual,  
respeto al que me respeta;  
pero el naipe y la boleta  
naides me lo ha de tocar.»

Ay no más ya me cayó  
a sable la polecía,  
aunque era una picardía  
me decidí a soportar  
y no los quise peliar  
por no perderme ese día.

Atravesao me agarró  
y se aprovechó aquel ñato;  
dende que sufrí ese trato  
no dentro donde no quepo;  
fi a ginetiar en el cepo  
por cuestión de candilatos.

Injusticia tan notoria  
no la soporté de flojo.  
Una venda de mis ojos  
vino el suceso a valtiar.  
Vi que teníamos que andar  
como perro con tramojo.

Dende aquellas elecciones  
se siguió el batiburrillo;  
aquel se volvió un ovillo  
del que no había ni noticia;  
¡Es Señora la justicia...

y anda en ancas del más pillo!

## 25

Después de muy pocos días,  
tal vez por no dar espera  
y que alguno no se fuera,  
hicieron citar la gente,  
pa reunir un contingente  
y mandar a la frontera.

Se puso arisco el gauchage,  
la gente está acobardada,  
salió la partida armada,  
y trujo como perdices  
unos cuantos infelices  
que entraron en la voltiada.

Decía el ñato con soberbia:  
«esta es una gente indina;  
yo los rodié a la sordina  
no pudieron escapar;  
y llevaba orden de arriar  
todito lo que camina.»

Cuando vino el Comendante  
dijieron: «Dios nos asista.»  
Llegó, y les clavó la vista  
yo estaba haciéndome el sonzo.  
Le echó a cada uno un responso  
y ya lo plantó en la lista.

«Cuádrate, le dijo a un negro,  
te estás haciendo el chiquito,  
cuando sos el más maldito  
que se encuentra en todo el pago.

Un servicio es el que te hago  
y por eso te remito.»

**A otro**

«Vos no cuidás tu familia  
ni le das los menesteres;  
visitás otras mugeres  
y es preciso calabera,  
que aprendás en la frontera  
a cumplir con tus deberes.

**A otro**

Vos también sos trabajoso;  
cuando es preciso votar  
hay que mandarte llamar  
y siempre andas medio alzaio;  
sos un desubordinaio  
y yo te voy a filiar.

**A otro**

¿Cuánto tiempo hace que vos  
andás en este partido?  
¿Cuántas veces has venido  
a la citación del Juez?  
No te he visto ni una vez  
has de ser algún perdido.

**A otro**

Este es otro barullero  
que pasa en la pulpería  
predicando noche y día  
y anarquizando a la gente.  
Irás en el contingente  
por tamaña picardía.  
Dende la anterior remesa  
vos andas medio perdido;  
la autoridá no ha podido  
jamás hacerte votar.

Cuando te mandan llamar  
te pasás a otro partido.

**A otro**

Vos siempre andás de florcita,  
no tenés renta ni oficio;  
no has hecho ningún servicio,  
no has votado ni una ves.  
Marchá... para que dejés  
de andar haciendo perjuicio.

**A otro**

Dame vos tu papeleta  
yo te la voy a tener.  
Esta queda en mi poder  
después la recogerás.  
Y así si te resertás  
todos te pueden prender.

**A otro**

«Vos porque sos ecetuao  
a te quieres sulevar;  
no vinistes a votar  
cuando hubieron elecciones.  
No te valdrán eseciones.  
yo te voy a enderezar.»  
Y a este por este motivo  
y a otro por otra razón,  
toditos, en conclusión,  
sin que escapara ninguno,  
fueron pasando uno a uno  
a juntarse en un rincón.

Y allí las pobres hermanas,  
las madres y las esposas  
redamaban cariñosas  
sus lágrimas de dolor;  
pero gemidos de amor

no remedian estas cosas.

Nada importa que una madre  
se desespere o se queje,  
que un hombre a su mujer deje  
en el mayor desamparo;  
hay que callarse, o es claro,  
que lo quiebran por el eje.

Dentran después a empeñarse,  
con este o aquel vecino;  
y como en el masculino,  
el que menos corre, vuela.  
Deben andar con cautela  
las pobres me lo imagino.

Muchas al Juez acudieron,  
por salvar de la jugada;  
él les hizo una cuerpiada,  
y por mostrar su inocencia,  
les dijo: «tengan pacencia  
pues yo no puedo hacer nada.»

Ante aquella autoridad  
permanecían suplicantes.  
Y después de hablar bastante  
«yo me lavo, —dijo el Juez—,  
como Pilatos los pies,  
esto lo hace el Comendante.»

De ver tanto desamparo  
el corazón se partía.  
Había madre que salía  
con dos, tres hijos o más,  
por delante y por detrás,  
y las maletas vacías.

Dónde irán, pensaba yo,  
a perecer de miseria.  
Las pobres si de esta feria  
hablan mal, tienen razón;  
pues hay bastante materia  
para tan justa aflicción.

## 26

Cuando me llegó mi turno  
dije entre mí «ya me toca.»  
Y aunque mi falta era poca  
no sé por qué me asustaba,  
les aseguro que estaba  
con el Jesús en la boca.

Me dijo que yo era un vago  
un jugador, un perdido,  
que dende que fi al partido  
andaba de picaflor,  
que había de ser un bandido  
como mi ante sucesor.

Puede que uno tenga un vicio,  
y que de él no se reforme,  
mas naides está conforme  
con recibir ese trato.  
Yo conocí que era el ñato  
quien le había dao los informes.

Me dentró curiosidá,  
al ver que de esa manera  
tan siguro me dijiera  
que fue mi padre un bandido.  
Luego lo había conocido,  
y yo inoraba quién era.

Me empañé en aviriguarlo,  
promesas hice a Jesús.  
Tube por fin una luz,  
y supe con alegría

que era el autor de mis días,  
el guapo sargento Cruz.

Yo conocía bien su historia  
y la tenía muy presente.  
Sabía que Cruz bravamente,  
yendo con una partida,  
había jugado la vida  
por defender a un valiente.

Y hoy ruego a mi Dios piadoso  
que lo mantenga en su gloria;  
se ha de conservar su historia  
en el corazón del hijo:  
él al morir me bendijo  
yo bendigo su memoria.

Yo juré tener enmienda  
y lo conseguí de veras;  
puedo decir ande quiera  
que si faltas he tenido  
de todas me he corregido  
dende que supe quién era.

El que sabe ser buen hijo  
a los suyos se parece;  
y aquel que a su lado crece  
y a su padre no hace honor  
como castigo merece  
de la desdicha el rigor.

Con un empeño constante  
mis faltas supe enmendar.  
Todo conseguí olvidar,  
pero por desgracia mía,  
el hombre de *Picardía*  
no me lo pude quitar.

Aquel que tiene buen nombre  
muchos dijustos ahorra.  
Y entre tanta mazamorra  
no olviden esta alvertencia:  
aprendí por esperencia  
que el mal nombre no se borra.

## 27

He servido en la frontera  
en un cuerpo de milicias;  
no por razón de justicia  
como sirve cualesquiera.

La bolilla me tocó  
de ir a pasar malos ratos  
por la facultá del ñato;  
que tanto me persiguió.

Y sufrí en aquel infierno  
esa dura penitencia,  
por una malaquerencia  
de un oficial subalterno.

No repetiré las quejas  
de lo que se sufre allá,  
son cosas muy dichas ya  
y hasta olvidadas de viejas.

Siempre el mismo trabajar  
siempre el mismo sacrificio  
es siempre el mismo servicio,  
y el mismo nunca pagar.

Siempre cubiertos de harapos  
siempre desnudos y pobres,  
nunca le pagan un cobre  
ni le dan jamás un trapo.

Sin sueldo y sin uniforme  
lo pasa uno aunque sucumba,  
conformesé con la tumba

y si no... no se conforme.

Pues si uste se ensoberbece  
o no anda muy voluntario,  
le aplican un novenario  
de estacas... que lo enloquecen.

Andan como pordioseros  
sin que un peso los alumbre  
porque han tomao la costumbre  
de deberle años enteros.

Siempre hablan de lo que cuesta  
que allá se gasta un platal.  
Pues yo no he visto ni un rial  
en lo que duró la fiesta.

Es servicio extraordinario  
bajo el fusil y la vara  
sin que sepamos qué cara  
le ha dao Dios al comisario.

Pues si va a hacer la revista  
se vuelve como una bala,  
es lo mesmo que luz mala  
para perderse de vista.

Y de yapa cuando va,  
todo parece estudiao.  
Va con meses atrasaos  
de gente que ya no está.

Pues ni adrede que lo hagan  
podrán hacerlo mejor,  
cuando cai, cai con la paga  
del contingente anterior.

Porque son como sentencia  
para buscar al ausente,  
y el pobre que está presente

que perezca en la endigencia.

Hasta que tanto aguantar  
el rigor con que lo tratan,  
o se resierta, o lo matan,  
o lo largan sin pagar.

De ese modo es el pastel  
porque el gaucho... ya es un hecho  
no tiene ningún derecho  
ni naides vuelve por él.

¡La gente vive marchita!  
Si viera cuando echan tropa,  
les vuela a todos la ropa  
que parecen banderitas.

De todos modos lo cargan  
y al cabo de tanto andar,  
cuando lo largan, lo largan  
como pa echarse a la mar.

Si alguna prenda le han dao  
se la vuelven a quitar,  
poncho, caballo, recaó,  
todo tiene que dejar.

Y esos pobres infelices  
al volver a su destino  
salen como unos Longinos  
sin tener con qué cubrirse.

A mí me daba congojas  
el mirarlos de ese modo  
pues el más avino de todos  
es un peregil sin hojas.

Aora poco ha sucedido,  
con un invierno tan crudo,  
largarlos a pie y desnudos

pa volver a su partido.

Y tan duro es lo que pasa  
que en aquella situación,  
les niegan un mancarrón  
para volver a su casa.

¡Lo tratan como a un infiel!  
Completan su sacrificio  
no dandolé ni un papel  
que acredite su servicio.

Y tiene que regresar  
más pobre de lo que jué,  
por supuesto a la mercé  
del que lo quiere agarrar.

Y no avirigüe después  
de los bienes que dejó;  
de hambre, su muger vendió  
por dos lo que vale diez.

Y como están convenidos  
a jugarle manganeta  
a reclamar no se meta  
porque ese es tiempo perdido.

Y luego, si a alguna Estancia  
a pedir carne se arrima  
al punto le cain encima  
con la ley de la vagancia.

Y ya es tiempo, pienso yo,  
de no dar más contingente.  
Si el Gobierno quiere gente,  
que la pague y se acabó.

Y saco así en conclusión,  
en media de mi inorancia,  
que aquí el nacer en Estancia

es como una maldición.

Y digo, aunque no me cuadre  
decir lo que naides dijo:  
La Provincia es una madre  
que no defiende a sus hijos.

Mueren en alguna loma  
en defensa de la ley,  
o andan lo mesmo que el güey,  
arando pa que otros coman.

Y he decir ansí mismo,  
porque de adentro me brota,  
que no tiene patriotismo  
quien no cuida al compatriota.

## 28

Se me va por donde quiera  
esta lengua del demonio.  
Voy a darles testimonio  
de lo que vi en la frontera.

Yo sé que el único modo  
a fin de pasarlo bien,  
es decir a todo amén  
y jugarle risa a todo.

El que no tiene colchón  
en cualquier parte se tiende.  
El gato busca el jogón  
y ese es mozo que lo entiende.

De aquí comprenderse debe,  
aunque yo hable de este modo;  
que uno busca su acomodo  
siempre lo mejor que puede.

Lo pasaba como todos  
este pobre penitente,  
pero salí de asistente  
y mejoré en cierto modo.

—Pues aunque esas privaciones  
causen desesperación,  
siempre es mejor el jogón  
de aquel que carga galones.

De entonces en adelante  
algo logré mejorar,  
pues supe hacerme lugar

al lado del Ayudante.

Él se daba muchos aires,  
pasaba siempre leyendo,  
decían que estaba aprendiendo  
pa recibirse de fraile.

Aunque lo pillaban tanto  
jamás lo vi dijustao;  
tenía los ojos paraos  
como los ojos de un Santo.

Muy delicao, dormía en cuja,  
y no sé por qué sería  
la gente lo aborrecía  
y le llamaban LA BRUJA.

Jamás hizo otro servicio  
ni tubo más comisiones,  
que recibir las raciones  
de víveres y de vicios.

Yo me pasé a su jogón  
al punto que me sacó,  
y ya con él me llevó  
a cumplir su comisión.

Estos diablos de milicos  
de todo sacan partido.  
Cuando nos vían reunidos  
se limpiaban los hocicos.

Y decían en los jogones  
como por chocarrería,  
«con la Bruja y Picardía,  
van a andar bien las raciones.»

A mí no me jué tan mal  
pues mi oficial se arreglaba;  
les diré lo que pasaba

sobre este particular.

Decían que estaban de acuerdo  
la Bruja y el proveedor,  
y que recibía lo peor...  
Puede ser, pues no era lerdo.

Que a más en la cantidá  
pegaba otro dentellón,  
y que por cada ración  
le entregaban la mitá.

Y que esto, lo hacía del modo  
como lo hace un hombre vivo:  
firmando luego el recibo,  
ya se sabe, por el todo.

Pero esas murmuraciones  
no faltan en campamento.  
Déjenme seguir mi cuento,  
o historia de las raciones.

La Bruja las recibía,  
como se ha dicho, a su modo;  
las cargábamos, y todo  
se entriega en la mayoría.

Sacan allí en abundancia  
lo que les toca sacar.  
Y es justo que han de dejar  
otro tanto de ganancia.

Van luego a la compañía,  
las recibe el comendante;  
el que de un modo abundante  
sacaba cuanto quería.

Ansí la cosa liviana,  
va mermada por su puesto.  
Luego se le entrega el resto

al oficial de semana.

—Araña, ¿quién te arañó?

—Otra araña como yo.

Este le pasa al sargento  
aquellos tan reducido,  
y como hombre prevenido  
saca siempre con aumento.

Esta relación no acabo  
si otra menudencia ensarto;  
el sargento llama al cabo  
para encargarle el reparto.

Él también saca primero  
y no se sabe turbar;  
naides le va a aviriguar  
si ha sacado mas o menos.

Y sufren tanto bocao  
y hacen tantas estaciones,  
que ya casi no hay raciones  
cuando llegan al soldado.

¡Todo es como pan bendito!  
Y sucede de ordinario  
tener que juntarse varios  
para hacer un pucherito.

Dicen que las cosas van  
con arreglo a la ordenanza.  
¡Puede ser! pero no alcanzan,  
¡tan poquito es lo que dan!

Algunas veces, yo pienso,  
y es muy justo que lo diga,  
sólo llegaban las migas  
que habían quedao en los lienzos.

Y esplican aquel infierno  
en que uno está medio loco,  
diciendo que dan tan poco  
porque no paga el gobierno.

Pero eso yo no lo entiendo,  
ni a aviriguarlo me meto;  
soy inorante completo  
nada olvido, y nada apriendo.

Tiene uno que soportar  
el tratamiento más vil:  
a palos en lo civil,  
a sable en lo militar

El vestuario es otro infierno;  
si lo dan, llega a sus manos,  
en invierno el de verano  
y en el verano el de invierno.

Y yo el motivo no encuentro,  
ni la razón que esto tiene,  
mas dicen que eso ya viene  
arreglado dende adentro.

Y es necesario aguantar  
el rigor de su destino;  
el gaucho no es argentino  
sino pa hacerlo matar.

Ansí ha de ser, no lo dudo.  
Y por eso decía un tonto:  
«Si los han de matar pronto,  
mejor es que estén desnudos.»

Pues esa miseria vieja  
no se remedia jamás;  
todo el que viene detrás  
como la encuentra la deja.

Y se hallan hombres tan malos  
que dicen de buena gana:  
«el gaucho es como la lana  
se limpia y compone a palos.»

Y es forzoso el soportar  
aunque la copa se enllene;  
parece que el gaucho tiene  
algún pecao que pagar.

## 29

Esto contó Picardía  
y después guardó silencio,  
mientras todos celebraban  
con placer aquel encuentro.  
Mas una casualidá,  
como que nunca anda lejos,  
entre tanta gente blanca  
llevó también a un moreno,  
presumido de cantor  
y que se tenía por bueno.  
Y, como quien no hace nada,  
o se descuida de intento,  
pues, siempre es muy conocido  
todo aquel que busca pleito,  
se sentó con toda calma  
echó mano al estrumento  
y ya le pegó un rajido.  
Era fantástico el negro,  
y para no dejar dudas  
medio se compuso el pecho.  
Todo el mundo conoció  
la intención de aquel moreno.  
Era claro el desafío  
dirijido a Martín Fierro,  
hecho con toda arrogancia,  
de un modo muy altanero.  
Tomó Fierro la guitarra,  
pues siempre se halla dispuesto  
y ansí cantaron los dos

en medio de un gran silencio.

## 30

**Martín Fierro**

### **MARTÍN FIERRO**

Mientras suene el encordao,  
mientras encuentre el compaz,  
yo no he de quedarme atrás  
sin defender la parada.  
Y he jurado que jamás  
me la han de llevar robada.

Atiendan pues los oyentes  
y cayensen los mirones.  
A todos pido perdones,  
pues a la vista resalta  
que no está libre de falta  
quien no está de tentaciones.

A un cantor le llaman bueno  
cuando es mejor que los piores,  
y sin ser de los mejores,  
encontrándose dos juntos  
es deber de los cantores  
el cantar de contra punto.

El hombre debe mostrarse  
cuando la ocasión le llegue.  
Hace mal el que se niegue  
dende que lo sabe hacer,  
y muchos suelen tener  
vanagloria en que los rueguen.

Cuando mozo fui cantor

es una cosa muy dicha.  
Mas la suerte se encapricha  
y me persigue constante.  
De ese tiempo en adelante  
canté mis propias desdichas.

Y aquellos años dichosos  
trataré de recordar.  
Veré si puedo olvidar  
tan desgraciada mudanza,  
y quien se tenga confianza  
tiemple y vamos a cantar.

Tiemple y cantaremos juntos,  
trasnochadas no acobardan.  
Los concurrentes aguardan,  
y porque el tiempo no pierdan,  
haremos gemir las cuerdas  
hasta que las velas no ardan.

Y el cantor que se presiente,  
que tenga o no quien lo ampare,  
no espere que yo dispare  
aunque su saber sea mucho.  
Vamos en el mesuro pucho  
a prenderle hasta que aclare.

Y seguiremos si gusta  
hasta que se vaya el día.  
Era la costumbre mía  
cantar las noches enteras.  
Había entonces, donde quiera,  
cantores de fantasía.

Y si alguno no se atreve  
a seguir la caravana,  
o si cantando no gana  
se lo digo sin lisonja:  
haga sonar una esponja

o ponga cuerdas de lana.

## EL MORENO

Yo no soy señores míos  
sino un pobre guitarrero.  
Pero doy gracias al cielo  
porque puedo en la ocasión  
toparme con un cantor  
que experimente a este negro.  
Yo también tengo algo blanco,  
pues tengo blancos los dientes.  
Sé vivir entre las gentes  
sin que me tengan en menos.  
Quien anda en pagos ajenos  
debe ser manso y prudente.

Mi madre tuvo diez hijos,  
los nueve muy regulares.  
Tal vez por eso me ampare  
la Providencia divina:  
en los güevos de gallina  
el décimo es el más grande.

El negro es muy amoroso,  
aunque de esto no hace gala,  
nada a su cariño iguala  
ni a su tierna voluntá.  
Es lo mesmo que el macá  
cría los hijos bajo el ala.

Pero yo he vivido libre  
y sin depender de naidés.  
Siempre he cruzado a los aires  
como el pájaro sin nido.  
Cuanto sé lo he aprendido  
porque me lo enseñó un flaire.

Y sé como cualquier otro

el por qué retumba el trueno,  
por qué son las estaciones  
del verano y del invierno.  
Sé también de dónde salen  
las aguas que caen del Cielo.

Yo sé lo que hay en la tierra  
en llegando al mismo centro,  
en donde se encuentra el oro,  
en donde se encuentra el fierro,  
y en donde viven bramando  
los volcanes que echan juego.

Yo sé del fondo del mar  
dónde los pejes nacieron.  
Yo sé por qué crece el árbol,  
y por qué silvan los vientos.  
Cosas que ignoran los blancos  
las sabe este pobre negro.

Yo tiro cuando me tiran,  
cuando me aflojan, aflojo;  
no se ha de morir de antojo  
quien me convida a cantar.  
Para conocer a un cojo  
lo mejor es verlo andar.

Y si una falta cometo  
en venir a esta reunión  
echándola de cantor  
pido perdón en voz alta,  
pues nunca se halla una falta  
que no exista otra mayor.

De lo que un cantor explica  
no falta qué aprovechar,  
y se le debe escuchar  
aunque sea negro el que cante.  
Apriete el que es ignorante,

y el que es sabio aprende más.

Bajo la frente más negra  
hay pensamiento y hay vida  
la gente escuche tranquila  
no me haga ningún reproche.  
También es negra la noche  
y tiene estrellas que brillan.

Estoy pues a su mandao,  
empiece a echarme la sonda  
si gusta que le responda,  
aunque con lenguaje tosco,  
en leturas no conozco  
la jota por ser redonda.

### **MARTÍN FIERRO**

¡Ah! negro, si sos tan sabio  
no tengás ningún recelo;  
pero has tragao el anzuelo  
y al compás del instrumento  
has de decirme al momento  
cuál es el canto del cielo.

### **EL MORENO**

Cuentan que de mi color  
Dios hizo al hombre primero.  
Mas los blancos altaneros,  
los mismos que lo convidan,  
hasta de nombrarlo olvidan  
y sólo le llaman negro.

Pinta el blanco negro al diablo,  
y el negro blanco lo pinta.  
Blanca la cara o retinta  
no habla en contra ni en favor.  
De los hombres el Criador  
no hizo dos clases distintas.

Y después de esta advertencia,  
que al presente viene a pelo,  
veré, señores, si puedo,  
sigún mi escaso saber,  
con claridá responder  
cuál es el canto del cielo.

Los cielos lloran y cantan  
hasta en el mayor silencio;  
lloran al cair el rocío,  
cantan al silvar los vientos,  
lloran cuando caen las aguas,  
cantan cuando brama el trueno.

### **MARTÍN FIERRO**

Dios hizo al blanco y al negro  
sin declarar los mejores,  
les mandó iguales dolores  
bajo de una mesma cruz;  
mas también hizo la luz  
pa distinguir los colores.

Ansí ninguno se agravie,  
no se trata de ofender;  
a todo se ha de poner  
el nombre con que se llama,  
y a naides le quita fama  
lo que recibió al nacer.

Y ansí me gusta un cantor  
que no se turba ni yerra.  
Y si en tu saber se encierra  
el de los sabios projundos,  
decime cuál en el mundo  
es el canto de la tierra.

### **EL MORENO**

Es pobre mi pensamiento,

es escasa mi razón,  
mas pa dar contestación  
mi inorancia no me arredra.  
También da chispas la piedra  
si la golpea el eslabón.  
Y le daré una respuesta  
sigún mis pocos alcances,  
forman un canto en la tierra  
el dolor de tanta madre,  
el gemir de los que mueren  
y el llorar de los que nacen.

### **MARTÍN FIERRO**

Moreno, alvierto que trais  
bien dispuesta la garganta,  
sos varón, y no me espanta  
verte hacer esos primores.  
En los pájaros cantores,  
sólo el macho es el que canta.

Y ya que al mundo vinistes  
con el sino de cantar,  
no te vayas a turbar  
no te agrandes ni te achiques.  
Es preciso que me espliques  
cuál es el canto del mar.

### **EL MORENO**

A los pájaros cantores  
ninguno imitar pretiende.  
De un don que de otro depende  
naides se debe alabar,  
pues la urraca apriende hablar  
pero sólo la hembra apriende.  
Y ayúdame ingenio mío  
para ganar esta apuesta.  
Mucho el contestar me cuesta

pero debo contestar.  
Voy a decirle en respuesta  
cuál es el canto del mar.

Cuando la tormenta brama,  
el mar que todo lo encierra  
canta de un modo que aterra,  
como si el mundo temblara,  
parece que se quejara  
de que lo estreche la tierra.

### **MARTÍN FIERRO**

Toda tu sabiduría  
has de mostrar esta vez.  
Ganarás sólo que estés  
en vaca con algún santo.  
La noche tiene su canto  
y me has de decir cuál es.

### **EL MORENO**

No galope que hay augeros,  
le dijo a un guapo un prudente.  
Le contesto humildemente,  
la noche por cantos tiene  
esos ruidos que uno siente  
sin saber de dónde vienen.

Son los secretos misterios  
que las tinieblas esconden.  
Son los ecos que responden  
a la voz del que da un grito,  
como un lamento infinito  
que viene no sé de dónde.

A las sombras sólo el Sol  
las penetra y las impone.  
En distintas direcciones  
se oyen rumores inciertos,

son almas de los que han muerto  
que nos piden oraciones.

### **MARTÍN FIERRO**

Moreno, por tus respuestas  
ya te aplico el cartabón,  
pues tenés desposición  
y sos estruido de yapa.  
Ni las sombras se te escapan  
para dar esplicación.

Pero cumple su deber  
el leal diciendo lo cierto.  
Y por lo tanto te alvierto  
que hemos de cantar los dos,  
dejando en la paz de Dios  
las almas de los que han muerto.

Y el consejo del prudente  
no hace falta en la partida.  
Siempre ha de ser comedida  
la palabra de un cantor.  
Y aura quiero que me digas  
de dónde nace el amor.

### **EL MORENO**

A pregunta tan oscura  
trataré de responder,  
aunque es mucho pretender  
de un pobre negro de Estancia,  
mas conocer su inorancia  
es principio del saber.  
Ama el pájaro en los aires  
que cruza por donde quiera,  
y si al fin de su carrera  
se asienta en alguna rama,  
con su alegre canto llama

a su amante compañera.

La fiera ama en su guarida,  
de la que es rey y señor,  
allí lanza con furor  
esos bramidos que espantan,  
porque las fieras no cantan,  
las fieras braman de amor.

Ama en el fondo del mar  
el pez de lindo color.  
Ama el hombre con ardor,  
ama todo cuanto vive.  
De Dios vida se recibe  
y donde hay vida, hay amor.

### **MARTÍN FIERRO**

Me gusta negro ladino  
lo que acabas de explicar.  
Ya te empiezo a respetar  
aunque al principio me rey.  
Y te quiero preguntar  
lo que entendés por la ley.

### **EL MORENO**

Hay muchas dotorerías  
que yo no puedo alcanzar.  
Dende que aprendí a inorar  
de ningún saber me asombro.  
Mas no ha de llevarme al hombro  
quien me convide a cantar.  
Yo no soy cantor ladino  
y mi habilidad es muy poca.  
Mas cuando cantar me toca  
me defiendo en el combate  
porque soy como los mates,  
sirvo si me abren la boca.

Dende que elige a su gusto  
lo más espinoso elige.  
Pero esto poco me aflige  
y le contesto a mi modo.  
La ley se hace para todos  
mas sólo al pobre le rige.

La ley es tela de araña  
en mi inorancia lo esplico,  
no la tema el hombre rico,  
nunca la tema el que mande,  
pues la ruempe el vicho grande  
y sólo enrieda a los chicos.

Es la ley como la lluvia  
nunca puede ser pareja,  
el que la aguanta se queja.  
Pero el asunto es sencillo,  
la ley es como el cuchillo  
no ofiende a quien lo maneja.

Le suelen llamar espada  
y el nombre le viene bien.  
Los que la gobiernan ven  
a dónde han de dar el tajo.  
Le cai al que se halla abajo  
y corta sin ver a quién.

Hay muchos que son dotores  
y de su cencia no dudo.  
Mas yo soy un negro rudo  
y, aunque de esto poco entiendo,  
estoy diariamente viendo  
que aplican la del embudo.

## **MARTÍN FIERRO**

Moreno, vuelvo a decirte:  
ya conozco tu medida

has aprovechao la vida  
y me alegro de este encuentro.  
Ya veo que tenes adentro  
capital pa esta partida.

Y aura te voy decir,  
porque en mi deber está  
y hace honor a la verdá,  
quién a la verdá se duebla,  
que sos por juera tinieblas  
y por dentro claridá.

No ha de decirse jamás  
que abusé de tu pacencia.  
Y en justa correspondencia,  
si algo quieres preguntar  
podes al punto empezar,  
pues ya tenes mi licencia.

## **EL MORENO**

No te trabes lengua mía,  
no te vayas a turbar.  
Nadie acierta antes de errar,  
y aunque la fama se juega  
el que por gusto navega  
no debe temerle al mar.  
Voy a hacerle mis preguntas  
ya que a tanto me convida,  
y vencerá en la partida  
si una esplicación me da  
sobre el tiempo y la medida,  
el peso y la cantidá.

Suya será la vitoria  
si es que sabe contestar.  
Se lo debo declarar  
con claridá, no se asombre,  
pues hasta aura ningún hombre

me lo ha sabido explicar.

Quiero saber y lo inoro,  
pues en mis libros no está,  
y su repuesta vendrá  
a servirme de gobierno,  
para qué fin el Eterno  
ha criado la cantidá.

### **MARTÍN FIERRO**

Moreno te dejás cair  
como carancho en su nido;  
ya veo que sos prevenido,  
mas también estoy dispuesto.  
Veremos si te contesto  
y si te das por vencido.

Uno es el sol, uno el mundo,  
sola y única es la luna,  
ansí han de saber que Dios  
no crió cantidá ninguna.  
El ser de todos los seres  
sólo formó la unidá,  
lo demás lo ha criado el hombre  
después que aprendió a contar.

### **EL MORENO**

Veremos si a otra pregunta  
da una respuesta cumplida.  
El ser que ha criado la vida  
lo ha de tener en su archivo,  
ma yo inoro qué motivo  
tuvo al formar la medida.

### **MARTÍN FIERRO**

Escuchá con atención  
lo que en mi inorancia arguyo:  
la medida la inventó

el hombre, para bien suyo.  
Y la razón no te asombre,  
pues es fácil presumir.

Dios no tenía que medir  
sino la vida del hombre.

### **EL MORENO**

Si no falla su saber  
por vencedor lo confieso.  
Debe aprender todo eso  
quien a cantar se dedique.  
Y aura quiero que me explique  
lo que significa el peso.

### **MARTÍN FIERRO**

Dios guarda entre sus secretos  
el secreto que eso encierra,  
y mandó que todo peso  
cayera siempre a la tierra.  
Y sigún comprendo yo,  
dende que hay bienes y males,  
fue el peso para pesar  
las culpas de los mortales.

### **EL MORENO**

Si responde a esta pregunta  
tengasé por vencedor.  
Doy la derecha al mejor,  
y respóndame al momento:  
¿Cuándo formó Dios el tiempo  
y por qué lo dividió?

### **MARTÍN FIERRO**

Moreno, voy a decir,  
sigún mi saber alcanza:  
el tiempo sólo es tardanza  
de lo que está por venir.

No tuvo nunca principio  
ni jamás acabará,  
porque el tiempo es una rueda,  
y rueda es eternidá,  
y si el hombre lo divide  
sólo lo hace en mi sentir,  
por saber lo que ha vivido  
o le resta que vivir.

Ya te he dado mis respuestas,  
mas no gana quien despunta,  
si tenés otra pregunta  
o de algo te has olvidao  
siempre estoy a tu mandao  
para sacarte de dudas.

No procedo por soberbia  
ni tampoco por jactancia,  
mas no ha de faltar costancia  
cuando es preciso luchar,  
y te convido a cantar  
sobre cosas de la Estancia

Ansí prepará moreno  
cuanto tu saber encierre.  
Y sin que tu lengua yerre,  
me has de decir lo que empriende  
el que del tiempo depende  
en los meses que train erre.

## **EL MORENO**

De la inorancia de naidés  
ninguno debe abusar.  
Y aunque me puede doblar  
todo el que tenga más arte,  
no voy a ninguna parte  
a dejarme machetiar.  
He reclarao que en leturas

soy redondo como jota.  
No avergüenze mi redota,  
pues con claridá le digo:  
no me gusta que conmigo  
naides juegue a la pelota.

Es buena ley que el más lerdo  
debe perder la carrera,  
ansí le pasa a cualquiera  
cuando en competencia se halla  
un cantor de media talla  
con otro de talla entera.

¿No han visto en medio del campo  
al hombre que anda perdido,  
dando güeltas aflijido  
sin saber dónde rumbiar?  
Ansí le suele pasar  
a un pobre cantor vencido.

También los árboles crugen  
si el ventarrón los azota.  
Y si aquí mi queja brota  
con amargura, consiste  
en que es muy larga y muy triste  
la noche de la redota.

Y dende hoy en adelante,  
pongo de testigo al cielo  
para decir sin recelo  
que si mi pecho se inflama  
no cantaré por la fama  
sino por buscar consuelo.

Vive ya desesperado  
quien no tiene qué esperar.  
A lo que no ha de durar  
ningún cariño se cobre:  
alegrías en un pobre

son anuncios de un pesar.

Y este triste desengaño  
me durará mientras viva.  
Aunque un consuelo reciba  
jamás he de alzar el vuelo,  
quien no nace para el cielo  
de valde es que mire arriba.

Y suplico a cuantos me oigan  
que me permitan decir,  
que al decidirme a venir  
no sólo jué por cantar,  
sino porque tengo a más  
otro deber que cumplir.

Ya saben que de mi madre  
fueron diez los que nacieron.  
Mas ya no existe el primero  
y más querido de todos,  
murió por injustos modos  
a manos de un pendenciero.

Los nueve hermanos restantes  
como güérfanos quedamos.  
Dende entonces lo lloramos  
sin consuelo, creanmenló,  
y al hombre que lo mató  
nunca jamás lo encontramos.

Y queden en paz los güesos  
de aquel hermano querido,  
a moverlos no he venido,  
mas si el caso se presienta,  
espero en Dios que esta cuenta  
se arregle como es debido.

Y si otra ocasión payamos  
para que esto se complete,

por mucho que lo respete  
cantaremos si le gusta  
sobre las muertes injustas  
que algunos hombres cometen.

Y aquí pues, señores míos,  
diré, como en despedida,  
que todavía andan con vida  
los hermanos del dijunto,  
que recuerdan este asunto  
y aquella muerte no olvidan.

Y es misterio tan profundo  
lo que está por suceder,  
que no me debo meter  
a echarla aquí de adivino;  
lo que decida el destino  
después lo habrán de saber.

## **MARTÍN FIERRO**

Al fin cerrastes el pico  
después de tanto charlar.  
Ya empesaba a maliciar  
al verte tan entonao,  
que traías un embuchao  
y no lo querías largar.

Y ya que nos conocemos  
basta de conversación;  
para encontrar la ocasión  
no tienen que darse priesa,  
ya conozco yo que empiesa  
otra clase de junción.

Yo no sé lo que vendrá,  
tampoco soy adivino.  
Pero firme en mi camino  
hasta el fin he de seguir

todos tienen que cumplir  
con la ley de su destino.

Primero fue la frontera  
por persecución de un juez.  
Los indios fueron después,  
y para nuevos estrenos  
ahora son estos morenos  
pa alivio de mi vejez.

La madre echó diez al mundo,  
lo que cualquiera no hace,  
y tal vez de los diez pase  
con iguales condiciones.  
La mulita pare nones  
todos de la misma clase.

A hombre de humilde color  
nunca sé facilitar,  
cuando se llega a enojar  
suele ser de mala entraña,  
se vuelve como la araña,  
siempre dispuesta a picar.

Yo he conocido a toditos  
los negros más peliadores.  
Había algunos superiores  
de cuerpo y de vista... ¡ay juna!  
si vivo, les daré una...  
historia de los mejores.

Mas cada uno ha de tirar  
en el yugo en que se vea.  
Yo ya no busco peleas,  
las contiendas no me gustan,  
pero ni sombra me asustan  
ni bultos que se menean.

La creía ya desollada  
mas todavía falta el rabo,  
y por lo visto no acabo  
de salir de esta jarana.  
Pues esto es lo que se llama  
remachársele a uno el clavo.

## 31

Y después de estas palabras  
que ya la intención revelan,  
procurando los presentes  
que no se armara pendencia,  
se pusieron de por medio  
y la cosa quedó quieta.  
Martín Fierro y los muchachos  
evitando la contienda,  
montaron y, paso a paso  
como el que miedo no lleva  
a la costa de un arroyo,  
llegarán a echar pie a tierra.  
Desencillaron los pingos  
y se sentaron en rueda,  
refiriéndose entre sí  
infinitas menudencias;  
porque tiene muchos cuentos  
y muchos hijos la ausencia.  
Allí pasaron la noche  
a la luz de las estrellas,  
porque ese es un cortinao  
que lo halla uno donde quiera,  
y el gaucho sabe arreglarse  
como ninguno se arregla.  
El colchón son las caronas,  
el lomillo es cabecera,  
el coginillo es blandura  
y con el poncho o la gerga  
para salvar del rocío

se cubre hasta la cabeza.  
Tiene su cuchillo al lado,  
pues la precaución es buena;  
freno y rebenque a la mano,  
y teniendo el pingo cerca,  
que pa asegurarlo bien  
la argolla del lazo entierra.  
Aunque el atar con el lazo  
da del hombre mala idea,  
se duerme así muy tranquilo  
todita la noche entera.  
Y si es lejos del camino,  
como manda la prudencia,  
más siguro que en su rancho  
uno ronca a pierna suelta.  
Pues en el suelo no hay chinches,  
y es una cuja camera  
que no ocasiona disputas  
y que naides se la niega.  
Además de eso, una noche  
la pasa uno como quiera,  
y las va pasando todas  
haciendo la misma cuenta.  
Y luego los pajaritos  
al aclarar lo dispiertan.  
Porque el sueño no lo agarra  
a quien sin cenar se acuesta.  
Así, pues, aquella noche  
jué para ellos una fiesta,  
pues todo parece alegre  
cuando el corazón se alegra.  
No pudiendo vivir juntos  
por su estado de pobreza,  
resolvieron separarse,  
y que cada cual se juera

a procurarse un refugio  
que aliviara su miseria.  
Y antes de desparramarse  
para empezar vida nueva,  
en aquella soledá  
Martín Fierro, con prudencia,  
a sus hijos y al de Cruz  
les habló de esta manera.

## 32

Un padre que da consejos  
más que padre es un amigo.  
Ansí como tal les digo  
que vivan con precaución.  
Naidés sabe en qué rincón  
se oculta el que es su enemigo.

Yo nunca tuve otra escuela  
que una vida desgraciada.  
No estrañen si en la jugada  
alguna vez me equivoco.  
Pues debe saber muy poco  
aquel que no aprendió nada.

Hay hombres que de su cencia  
tienen la cabeza llena;  
hay sabios de todas menas,  
mas digo, sin ser muy ducho,  
es mejor que aprender mucho  
el aprender cosas buenas.

No aprovechan los trabajos  
si no han de enseñarnos nada.  
El hombre, de una mirada,  
todo ha de verlo al momento.  
El primer conocimiento  
es conocer cuándo enfada.

Su esperanza no la cifren  
nunca en corazón alguno.  
En el mayor infortunio  
pongan su confianza en Dios,

de los hombres, sólo en uno,  
con gran precaución en dos.

Las faltas no tienen límites  
como tienen los terrenos,  
se encuentran en los más buenos,  
y es justo que les prevenga;  
aquel que defetos tenga,  
disimule los agenos.

Al que es amigo, jamás  
lo dejen en la estacada,  
pero no le pidan nada  
ni lo aguarden todo de él.  
Siempre el amigo más fiel  
es una conduta honrada.

Ni el miedo ni la codicia  
es bueno que a uno lo asalten.  
Ansí no se sobresalten  
por los bienes que perezcan.  
Al rico nunca le ofrezcan  
y al pobre jamás le falten.

Bien lo pasa hasta entre Pampas  
el que respeta a la gente.  
El hombre ha de ser prudente  
para librarse de enojos,  
cauteloso entre los flojos,  
moderado entre valientes.

El trabajar es la ley  
porque es preciso alquirit.  
No se espongan a sufrir  
una triste situación,  
sangra mucho el corazón  
del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre

para ganarse su pan;  
pues la miseria en su afán  
de perseguir de mil modos  
llama en la puerta de todos  
y entra en la del haragán.

A ningún hombre amenacen  
porque naides se acobarda,  
poco en conocerlo tarda  
quien amenaza imprudente,  
que hay un peligro presente  
y otro peligro se aguarda.

Para vencer un peligro,  
salvar de cualquier abismo,  
por esperencia lo afirmo,  
más que el sable y que la lanza  
suele servir la confianza  
que el hombre tiene en sí mismo.

Nace el hombre con la astucia  
que ha de servirle de guía,  
sin ella sucumbiría,  
pero, según mi esperencia,  
se vuelve en unos prudencia  
y en los otros picardía.

Aprovecha la ocasión  
el hombre que es diligente,  
y tenganlô bien presente  
si al compararla no yerro,  
la ocasión es como el fierro  
se ha de machacar caliente.

Muchas cosas pierde el hombre  
que a veces las vuelve a hallar.  
Pero les debo enseñar  
y, es bueno que lo recuerden,  
si la vergüenza se pierde

jamás se vuelve a encontrar.

Los hermanos sean unidos,  
porque esa es la ley primera;  
tengan unión verdadera  
en cualquier tiempo que sea,  
porque si entre ellos pelean  
los devoran los de ajuera.

Respeten a los ancianos,  
el burlarlos no es hazaña.  
Si andan entre gente estraña  
deben ser muy precabidos,  
pues por igual es tenido  
quien con malos se acompaña.

La cigüeña cuando es vieja  
pierde la vista, y procuran  
cuidarla en su edá madura  
todas sus hijas pequeñas.  
Apriendan de las cigüeñas  
este ejemplo de ternura.

Si les hacen una ofensa,  
aunque la echen en olvido,  
vivan siempre prevenidos;  
pues ciertamente sucede  
que hablará muy mal de ustedes  
aquel que los ha ofendido.

El que obedeciendo vive  
nunca tiene suerte blanda,  
mas con su soberbia agranda  
el rigor en que padece.  
Obedezca el que obedece  
y será bueno el que manda.

Procuren de no perder  
ni el tiempo, ni la vergüenza.

Como todo hombre que piensa  
procedan siempre con juicio  
y sepan que ningún vicio  
acaba donde comienza.

Ave de pico encorvado  
le tiene al robo afición.  
Pero el hombre de razón  
no roba jamás un cobre,  
pues no es vergüenza ser pobre  
y es vergüenza ser ladrón

El hombre no mate al hombre  
ni pelee por fantasía,  
tiene en la desgracia mía  
un espejo en que mirarse.  
Saber el hombre guardarse  
es la gran sabiduría.

La sangre que se redama  
no se olvida hasta la muerte.  
La impresión es de tal suerte,  
que a mi pesar, no lo niego.  
Cai como gotas de fuego  
en la alma del que la vierte.

Es siempre, en toda ocasión,  
el trago el peor enemigo.  
Con cariño se los digo,  
recuerdenlo con cuidado,  
aquel que ofiende embriagado  
merece doble castigo.

Si se arma algún revolutis  
siempre han de ser los primeros,  
no se muestren altaneros  
aunque la razón les sobre.  
En la barba de los pobres  
aprienden pa ser barberos.

Si entriegan su corazón  
a alguna muger querida,  
no le hagan una partida  
que la ofienda a la muger,  
siempre los ha de perder  
una muger ofendida.

Procuren, si son cantores,  
el cantar con sentimiento,  
no tiemplen el estrumento  
por sólo el gusto de hablar,  
y acostúmbrense a cantar  
en cosas de jundamento.

Y les doy estos consejos  
que me ha costado alquiritlos,  
porque deseo dirijirlos;  
pero no alcanza mi cencia  
hasta darles la prudencia  
que precisan pa seguirlos.

Estas cosas y otras muchas  
medité en mis soledades.  
Sepan que no hay falsedades  
ni error en estos consejos.  
Es de la boca del viejo  
de ande salen las verdades.

## 33

Después a los cuatro vientos  
los cuatro se dirijieron.  
Una promesa se hicieron  
que todos debían cumplir,  
mas no la puedo decir,  
pues secreto prometieron.

Les alvierto solamente,  
y esto a ninguno le asombre,  
pues muchas veces el hombre  
tiene que hacer de ese modo.  
Convinieron entre todos  
en mudar allí de nombre.

Sin ninguna intención mala  
lo hicieron, no tengo duda,  
pero es la verdá desnuda,  
siempre suele suceder;  
aquel que su nombre muda  
tiene culpas que esconder.

Y ya dejo el estrumento  
con que he divertido a ustedes.  
Todos conocerlo pueden  
que tuve costancia suma,  
este es un botón de pluma  
que no hay quien lo desenriede.

Con mi deber he cumplido  
y ya he salido del paso,  
pero diré, por si acaso,  
pa que me entiendan los criollos,

todavía me quedan rollos  
por si se ofrece dar lazo.

Y con esto me despido  
sin espresar hasta cuándo.  
Siempre corta por lo blando  
el que busca lo seguro.  
Mas yo corto por lo duro,  
y ansí he de seguir cortando.

Vive el águila en su nido,  
el tigre vive en la selva,  
el zorro en la cueva agena,  
y en su destino incostante,  
sólo el gaucho vive errante  
donde la suerte lo lleva.

Es el pobre en su horfandá  
de la fortuna el desecho,  
porque naidas toma a pechos  
el defender a su raza.  
Debe el gaucho tener casa,  
escuela, iglesia y derechos.

Y han de concluir algún día  
estos enriedos malditos.  
La obra no la facilito  
porque aumentan el fandango  
los que están como el chimango  
sobre el cuero y dando gritos.

Mas Dios ha de permitir  
que esto llegue a mejorar,  
pero se ha de recordar,  
para hacer bien el trabajo,  
que el fuego pa calentar  
debe ir siempre por abajo.

En su ley está el de arriba,

si hace lo que le aproveche,  
de sus favores sospeche,  
hasta el mismo que lo nombra.  
Siempre es dañosa la sombra  
del árbol que tiene leche.

Al pobre al menor descuido  
lo levantan de un sogazo,  
pero yo comprendo el caso  
y esta consecuencia saco:  
el gaucho es el cuero flaco  
da los tientos para el lazo

Y en lo que esplica mi lengua  
todos deben tener fe.  
Ansí, pues, entiéndanmé,  
con codicias no me mancho,  
no se ha de llover el rancho  
en donde este libro esté.

Permítanme descansar,  
ipues he trabajado tanto!  
En este punto me planto  
y a continuar me resisto.  
Estos son treinta y tres cantos,  
que es la mesma edá de Cristo.

Y guarden estas palabras  
que les digo al terminar.  
En mi obra he de continuar  
hasta dárselas concluida,  
si el ingenio o si la vida  
no me llegan a faltar.

Y si la vida me falta,  
tenganló todos por cierto,  
que el gaucho, hasta en el desierto,  
sentirá en tal ocasión  
tristeza en el corazón

al saber que yo estoy muerto.

Pues son mis dichas desdichas  
las de todos mis hermanos,  
ellos guardarán ufanos  
en su corazón mi historia,  
me tendrán en su memoria  
para siempre mis paisanos.

Es la memoria un gran don,  
calidá muy meritoria.

Y aquellos que en esta historia  
sospechen que les doy palo  
sepan que olvidar lo malo  
también es tener memoria.

Mas naidés se crea ofendido  
pues a ninguno incomodo,  
y si canto de este modo  
por encontrarlo oportuno  
**NO ES PARA MAL DE NINGUNO  
SINO PARA BIEN DE TODOS.**

## José Hernández



José Rafael Hernández y Pueyrredón (10 de noviembre de 1834 - 21 de octubre de 1886) fue un militar, periodista, poeta y político argentino, especialmente conocido como el autor del *Martín Fierro*, obra máxima de la literatura gauchesca. En su homenaje, el 10 de noviembre —aniversario de su nacimiento— se festeja en la Argentina el Día de la Tradición.

Tras iniciarse como militar en defensa de la autonomía del Estado de Buenos Aires, entre 1852 y 1872 desarrolló una intensa actividad periodística, enfrentado al predominio de la ciudad de Buenos Aires en la organización de su país. En una época de gran agitación política, sostuvo que las provincias no debían permanecer ligadas al gobierno de Buenos Aires.

Participó en una de las últimas rebeliones federales, dirigida por Ricardo López Jordán, cuyo primer intento de acción finalizó en 1871 con la derrota de los gauchos y el exilio de Hernández en el Brasil. Después de esta revolución continuó siendo durante un tiempo asesor del general revolucionario, pero con el tiempo se distanció de él.

A su regreso a la Argentina, en 1872, continuó su lucha por medio del periodismo y publicó la primera parte de su obra maestra, *El gaucho Martín Fierro*. Fue a través de su poesía como consiguió un gran eco para sus propuestas y la más valiosa contribución a la causa de los gauchos. Junto con la continuación de la obra, *La vuelta de Martín Fierro* (1879), forman un poema épico popular. Es generalmente considerada la obra cumbre de la literatura argentina. Posteriormente desempeñó los cargos de diputado y senador de la provincia de Buenos Aires. Ocupando este último cargo, defendió la federalización de Buenos Aires en un memorable discurso, enfrentándose a Leandro N. Alem.